

REBELION EN ARGELIA

Keith Luger



**Cuando iba a descubrirlo
todo... ¡Surgió la muerte!**



KEITH LUGER

Rebelión en Argelia

1.^a EDICIÓN
ABRIL - 1956



BARCELONA — BUENOS AIRES
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EITORIAL**

En Colección BISONTE:

285. — El valle de las víboras. 413. — Un hombre llamado Muerte. 429. — Tres forajidos y una mujer.

En Colección BUFALO:

84. — Nido de ratas. 94. — El heredero. 97. — Una herencia difícil.

En Colección SERVICIO SECRETO:

289. — Las rubias mueren así. 295. — Flores sobre mi tumba.

En Colección PANTERA:

25. — La espada llameante. 29. — La ley de los fuertes. 42. — La muerte oculta.

En Colección CONGO:

10. — Revuelta en el Sudán. 17. — Atentado en Africa. 19. — ¡Calén la bayoneta!

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

**Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona**

REBELIÓN en ARGELIA



Por KEITH LUGER

CAPÍTULO I

Gastón Bossier, dueño de «La Taberna de Bona», agrandó los ojos tras el mostrador contemplando a los tres soldados de la Legión Extranjera Francesa que, habiendo irrumpido en su establecimiento, se acercaban a él mostrando una ancha sonrisa en los rostros. Eran Tim Adams, Marcel Phillipe y Giuseppe Monti, un yanqui, un francés y un italiano a quienes gustosamente, él, Gastón, habría enviado hacia muchos meses al mayor foco de insurrección de Argelia con la esperanza de no volverlos a ver.

Tim era alto, de cuerpo atlético, cabello moreno ojos negros y rasgos faciales correctos. Frisaba en los veintiocho años de edad.

Marcel había cumplido los treinta y cinco y, de talla regular, poseía una cabeza pequeña en la que destacaban unos ojos verdosos llenos de malicia.

Giuseppe era el de más edad de los tres. Estaba a punto de doblar la curva de los cuarenta y sobrepasaba en más de cinco pulgadas a Tim. Todo él parecía un conglomerado de músculos y huesos.

Los tres camaradas se fueron acercando sonrientes al mostrador, donde se hallaba acodado Gastón.

—¡Aquí nos tienes, Gastón! —exclamó Tim Adams—. Apuesto a que has echado de menos a tus tres mejores clientes...

El rostro de Bossier se tiñó de rojo.

—¡Os dije que no quería veros más en mí casa!

Tim, sin borrar la sonrisa de los labios, miró a sus compañeros diciendo:

—¿Lo habéis oído, muchachos? El viejo Gastón está celoso porque se nos ocurrió beber unas copas en el local de su

competidor.

—¡No tienes que darle explicaciones! —rezongó Giuseppe—. ¡Venimos aquí porque nos da la gana! ¿Es que nuestro dinero no vale? Mientras pidamos una copa y la paguemos al contado, está, obligado a servirnos.

—Es lo que yo digo —intervino Marcel haciendo una mueca mientras clavaba sus ojillos en los de Gastón—: ¿Qué sería de ti sin nosotros, viejo usurero? ¡Nos dejamos aquí la paga! El día menos pensado tomaremos en cuenta tus palabras y dejaremos de cruzar esa puerta. ¿Qué pasará entonces?... ¡Tendrás que cerrar y largarte a tu Bretaña!

Gastón, que había estado escuchando a los soldados con creciente indignación, estalló de pronto:

—¡Por todos los escorpiones de Argelia! ¡Sois los tres tipos más desaprensivos que he conocido en mi vida! ¡Está bien, lo admito! Sois los tres clientes que más dinero gastáis en mi establecimiento. Pero ¿qué pasa cada vez que se os ocurre dejaros caer por aquí?... ¡Todo el mundo lo sabe! ¡Siempre acabáis lo mismo! Jamás os habéis marchado sin haberos peleado con media docena de parroquianos destrozándome mesas, silla, botellas, vasos... ¡No quiero clientes como vosotros! ¡Me costáis mucho más dinero del que gano con lo que bebéis!

Hubo un momento de silencio durante el que los ojos de los soldados se mantuvieron fijos en la cara del tabernero. Fue Tim quien lo rompió diciendo mientras abría los brazos:

—Pero, Gastón, eso era antes. Ahora se ha acabado.

Bossier meneó la cabeza en sentido negativo, objetando:

—¿Cuántas veces he oído esas mismas palabras?

—Es cierto, viejo. Tienes que creernos. Año nuevo, vida nueva. Hoy es el 31 de diciembre, ¿no? Falta solamente una hora para que nazca 1956. ¿Es que lo vamos a iniciar con una pelea?

—¡Claro que no! —apoyó Marcel la tesis de su amigo—. ¿A qué tipo loco se le podía ocurrir una cosa así?

Gastón miró precavidamente a Giuseppe y el gigante, tras mostrarle su dentadura en una beatífica sonrisa, meneó la cabeza de arriba abajo diciendo:

—Es una noche de paz. El corazón se me ha convertido en un merengue. ¿Te lo crees o no, viejo? Llegaría hasta a besar tu calva.

Tras otra larga pausa, Gastón Fue recuperando su color natural y por fin dijo:

—De acuerdo, muchachos, podéis quedaros. Pero ¿no estabais arrestados? Creí haber oído que os metieron en el calabozo la

semana pasada por la última batalla campal que organizasteis aquí.

—Habladurías —dijo Tim—. Ya sabes que el sargento Dasin es muy amigo nuestro.

—¿El sargento Dasin amigo vuestro? —repuso Bossier frunciendo el entrecejo—. No lo puedo creer.

—Pues es así. Bueno, queremos una buena mesa. —Adams desparramó la mirada por el local observando que todas las mesas estaban ocupadas por un público que había acudido en masa a celebrar la despedida del viejo año y la entrada del nuevo—. ¿Dónde nos va a meter, Gastón?

—Eso no va a ser fácil —Bossier dio unas palmadas y gritó—: ¡Feriana!

Una joven árabe, camarera entre otras cosas, terminó de servir la mesa junto a la que se encontraba y dobló la cabeza.

Giuseppe pegó un codazo a Tim, diciendo:

—¿Ves cómo Gastón es buena persona?

Feriana, joven, bonita y esbelta, se acercó imprimiendo un ligero contoneo a sus caderas. Después de dirigir una mirada coqueta a los tres soldados preguntó a Gastón:

—¿Qué queréis, amo?

—Ocúpate de que Tim y sus amigos tengan una buena mesa.

—Pensé que habíais dicho que no les sirviera nada.

—¡No me importa, lo que hayas pensado!

—Va a ser imposible, patrón. Todo está lleno.

—¿Imposible? —rezongó Giuseppe—. En un momento despejo yo la sala.

—¡No! —exclamó Gastón con voz estremecida—. Nada de peleas.

—¿Quién dice que va a haberlas? —intervino Tim mirando hacia un rincón donde se hallaban dos legionarios que al parecer habían bebido demasiado—: Giuseppe se refiere a aquellos dos tipos. Estoy seguro de que ambos quedarán muy agradecidos a la persona que les enseñe dónde está la puerta. Ya están listos para meterse en la cama.

El italiano siguió la dirección de los ojos de su amigo y ratificó:

—Claro que sí. ¿A qué otra cosa me podía referir? ¡Vamos allá! ¡Tú ven también con nosotros, Feriana!

—Recordarlo, muchachos —advirtió Gastón antes de que los soldados echasen a andar—. Nada de peleas. No quiero brusquedades hoy en mi casa. Es una noche de concordia, de paz.

—Es lo que yo digo —convino Tim—. Todos somos hermanos, ¿por qué hemos de rompernos la crisma? Hasta luego, Gastón.

Los tres compañeros, seguidos de Feriana, se acercaron a la mesa del rincón. Los dos soldados embriagados levantaron la cabeza.

—¡Mirad quiénes son! —exclamó Giuseppe—. Jean y Louis, de la 3.^a Compañía. ¿Qué tal os va, camaradas?

Jean, de nariz muy chata, observó al italiano y contestó con un rugido.

—¡Vete al infierno, condenado italiano! Louis y yo queremos estar solos.

—¿Llamáis estar solos a permanecer dentro de esta olla de grillos? —dijo Tim—. ¿Lo habéis oído, muchachos? Jean y Louis necesitan de nosotros.

—¡No os necesitamos para nada! —exclamé Louis—. Estamos bien como estamos. ¿Por qué no os largáis de una vez? ¡Estoy oliendo a puerco desde hace un rato...!

Adame guiñó un ojo a Giuseppe y este, tras asentir con la cabeza, se puso en movimiento. Cogió a Jean y a Louis de un brazo. Los levantó de un tirón y, saltando por detrás de ellos, los rodeó por la cintura, levantándolos en vilo. Los dos soldados empezaron a soltar un chorro de improperios mientras daban manotazos en el aire. Pero Giuseppe emprendió una carrera hacia la puerta sin hacerles caso y desapareció por ella hacia la calle.

El trabajo había sido realizado tan rápidamente que apenas unos cuantos clientes se dieron cuenta de él.

Al cabo de un minuto, apareció el italiano frotándose las manos y dirigiéndose hacia donde lo esperaban sus amigos en compañía de Feriana.

—Asunto liquidado —dijo con voz jovial—. Da gusto tratar con personas que se desviven por hacer un favor a un amigo.

Tim volvió la mirada hacia Gastón, que había seguido la escena desde el mostrador, y le hizo un gesto indicándole que todo había ido bien.

Se sentaron los tres camaradas y Feriana retiró los vasos de la mesa pasando después el paño para limpiarla.

—¿Qué vais a tomar, muchachos?

Tim miró a los profundos ojos negros de la camarera preguntando a su vez:

—¿Qué vas a hacer esta noche, Feriana?

La joven se puso una mano en jarras contestando altivamente:

—Ya lo ves, soporto a los soldados de la Legión Extranjera.

—Me refiero a después de la una.

—No te puedo contestar. Eso pertenece al futuro.

Marcel lanzó una carcajada.

—¿Qué os decía yo? Esta chica vale su peso en oro.

—Yo prefiero el oro —dijo Giuseppe.

Feriana dirigió una furibunda mirada al italiano.

—Siempre tan galante. El día menos pensado te clavaré las uñas en la cara y aprenderás a ser un poco más educado.

—Está bien. Basta de peleas —dijo Tim—. Anda, muchacha, tráenos un par de botellas de «champaña».

—¿Has dicho champaña, Tim? —inquirió asombrado Marcel—. Gastón nos hará pagar una fortuna por cada una de ellas. Te voy a decir una cosa. Esas botellas las prepara el propio Gastón en su bodega y las etiquetas las hace imprimir él mismo en Argel. Me lo contó Alí, el criado que despidió. Alí le ayudaba a pegar las etiquetas todos los años pocos días antes de Navidad.

—¿Crees que no lo sé? —dijo Tim—. Pero da igual, nos haremos la ilusión de que bebemos verdadero champaña.

—Ese cuesta ciento cincuenta francos la botella—, explicó Feriana—, pero también tenemos del verdadero, a cuatrocientos francos.

—Preferimos el de ciento cincuenta —se apresuró a decir Giuseppe.

—Siempre tan generoso —comentó la joven.

Después de las dos primeras botellas vinieron otras dos, luego otro par y así llegaron a la docena. Los tres amigos, bebían, fumaban y se contaban los recuerdos de su vida anterior al día en que a cada uno de ellos se le ocurrió enrolarse en la Legión Extranjera Francesa. Más tarde, bajo el influjo del alcohol que contenía el falso champaña, empezaron a cantar.

«También la conquistó, también la conquistaba.

¿Dónde le puso la mano? En la cabeza.

Ya no se llama cabeza, que se llama camposereno.

¡Adiós, camposereno del piíí, del piooón!»

De pronto, Tim dejó de cantar, incorporándose de un salto mientras dirigía la mirada al mostrador.

—¿Qué te pasa, Tim? —inquirió Marcel.

—Esperadme un momento, muchachos —contestó Adams—. Ahora recuerdo que he de hablar con Gastón de un asunto importante.

Pero la causa de que Tim se ausentase del orfeón era otra.

Acababa de ver entrar en el establecimiento a una joven de hermosura incomparable. Aparentaba tener unos veinticuatro o

veinticinco años y poseía un cuerpo que era un dechado de perfecciones. Se había dirigido resueltamente a dónde se hallaba Gastón y en aquel momento hablaba con él.

Tim se acercó remoloneando y se puso lo bastante cerca de la bella como para no perder detalle de la conversación.

—¿Está seguro, señor Bossier? —preguntaba en aquel instante la dama—. Quizá no haya oído bien su nombre.

—¿Cómo ha dicho usted que se llama ese fulano?

—John Emerson. Tiene que conocerle, señor Bossier. John me escribió a París y me dijo que se alojaba en esta casa, «La Taberna de Bona».

Gastón se rascó el cogote.

—¿Y la citó a usted aquí?

—Exactamente. Me dijo que tenía que encontrarme con él en este local en la noche final de año.

—¿Quiere describírmelo, señorita? Es posible que él haya utilizado otro nombre en mi casa.

—Alto, de cabellos rojizos, ojos azules, nariz pecosa, boca de labios gruesos... ¡Su detalle más característico es un lunar que tiene en el mismo centro del mentón! ¡Es un lunar grande...!

Bossier se mordió el labio inferior durante unos segundos y luego dijo:

—No, señorita. Entre mis huéspedes no se encuentra ningún hombre que responda a esas señas.

La joven se pasó una mano por el negro y brillante cabello en un gesto de desolación.

—No puede ser —murmuró—. John tenía que estar en esta casa.

—Le aseguro que no se encuentra aquí ese hombre que busca, ni he visto a nadie que se le parezca.

Tim miraba ya descaradamente al rostro de la joven y no podía menos que asombrarse de que pudiese existir una mujer con rasgos tan armoniosos y de piel tan suave y tersa. Creyó llegado el momento de intervenir y dijo:

—Perdone, señorita, la he oído a usted y...

La muchacha volvió bruscamente la cabeza hacia él, brillándole en los ojos un rayo de esperanza.

—Conoce a John... ¿Lo ha visto?

—Lo siento —repuso Tim—. Quería solo decirle que estoy a su disposición para ayudarla.

—Oh —exclamó en un susurro decepcionante la hermosa joven.

—Si usted me quiere explicar la cuestión, removeré Bona hasta los cimientos para encontrar a esa persona.

—Es usted muy amable —repuso ella—, pero no puede hacer nada.

—¿Por qué no? Me llamo Tim Adams y aunque me vea usted con este uniforme tengo buenas amistades en la ciudad.

Gastón soltó una risita irónica.

—Sobre todo, Tim conoce muy bien a cierto sargento llamado Dasin que se muere por hacerle un favor, ¿verdad, Adams?

Tim dirigió una mirada de reconvención al tabernero y luego dijo a la joven:

—Tenga la seguridad de que la sacaré de su apuro, señorita...

—Hopper, Clarisa Hopper.

—Clarisa —repitió Tim, entrando en estado cataléptico.

Gastón rio de nuevo diciendo:

—Apuesto a que ahora le dice, señorita Hopper, que es el nombre más bonito que ha oído en su vida.

—¡Vete al infierno! —exclamó Adams y cogiendo a la muchacha por el brazo la apartó del mostrador mientras le decía—: Cuéntemelo todo, señorita Hopper —él miró a un lado y a otro de la sala como si se percatase en aquel momento de que allí reinaba un bullicio que haría imposible sostener una conversación y preguntó —: ¿Le parece que nos vayamos a otro sitio?

—El caso es que no tengo nada que contarle, señor Adams —contestó ella—. Simplemente, trataba de localizar a un hombre. Le repito mi agradecimiento, pero ahora he de despedirme de usted.

—¿No quiere dejarme que la ayude? —murmuró Tim en tono de súplica.

En aquel momento se oyó un tremendo chasquido y un hombre salió despedido de un rincón.

Adams giró la cabeza, descubriendo que Jean y Louis habían vuelto al lugar en que se encontraban sus amigos y que los cuatro se habían enzarzado en una pelea. El chasquido anterior había sido producido por el puño de Giuseppe al golpear contundentemente la mandíbula de Louis, quien, en su vertiginosa marcha de retroceso, se había desplomado sobre una mesa, haciéndola astillas, y los parroquianos que se sentaban alrededor de esta, molestos por semejante intromisión, se habían incorporado automáticamente a la zarabanda.

Un grito exasperado llegó desde el mostrador.

—¡No!... ¡No me podéis hacer eso!

Era Gastón Bossiér, que se mesaba los cuatro cabellos que le quedaban junto a cada oreja.

La lucha se generalizó tan rápidamente como prende el fuego en

un reguero de pólvora.

—¡Santo cielo! —exclamó Clarisa Hopper llevándose una mano a la mejilla—. ¡Se van a matar!

Tim miró el rostro angelical, ahora atemorizado, y dijo sonriendo:

—No se preocupe. Aquellos dos que están sacudiendo son mis amigos. No hemos perdido ninguna pelea en todo el año cincuenta y cinco. Ese que viene hacia acá disparando sus puños es Giuseppe. Apártese un poco. Dentro de un instante el tipo que lucha con él saldrá lanzado como una bala.

El italiano se enfrentaba con otro soldado casi tan alto como él a quién hacía retroceder paso a paso golpeándole una y otra vez en el hígado, en el estómago, en la cara... Al pasar junto a Tim y Clarisa, miró, a su compañero diciéndole:

—No empezamos nosotros. Fueron Jean y Louis.

Pero al ver junto a Tim a la joven se detuvo, asombrado de contemplar tanta hermosura, momento que aprovechó su contrincante para conectarle un terrible derechazo en el pómulo.

Giuseppe se desplomó pesadamente, pero quedó sentado en el suelo.

—¿Es tu amiga, Tim? —preguntó.

—Le presento a Giuseppe Monti, Clarisa —dijo Adams—. Esta señorita es Clarisa Hopper, compadre.

Giuseppe sonrió a la joven, se escupió en las manos y después de frotárselas dijo:

—Va por usted, señorita Hopper.

Levantóse de un salto y se acercó a su rival, quien lo había estado esperando hinchando los pulmones de aire, rehaciéndose.

Intercambiaron varios golpes a media distancia y, de pronto, Giuseppe disparó su puño con energía concentrada a la cara de su antagonista, el cual se abatió en el suelo, donde quedó exánime tras emitir un gemido.

Entretanto, la lucha en el resto del local era cada vez más feroz. Los que no confiaban en sus puños para deshacerse de sus contrarios, echaban mano a lo que encontraban más cerca. Las sillas y las botellas se convertían en armas ocasionales. No era raro que estas, al no alcanzar a la persona contra quienes iban dirigidas, cruzasen el aire silbando siniestramente antes de hacerse añicos contra la pared o contra el mostrador en que Gastón se movía de un lado para otro, siempre con las manos en la cabeza, profiriendo gritos que no eran escuchados.

Giuseppe se acercó a Clarisa inspirando profundamente.

—¿Qué le ha parecido, señorita Hopper?

—¡Eh, mira aquello! —exclamó Tim—. ¡Marcel lo está pasando mal!

Era cierto. Marcel peleaba con tres hombres al mismo tiempo, un soldado y dos paisanos.

—¿Qué estamos esperando? —gruñó el italiano.

Tim se volvió rápidamente hacia Clarisa y cogiéndola de un brazo, dijo:

—Enseguida volveré a su lado, señorita Hopper. No se mueva de aquí.

La joven hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Entonces Tim sonrió y girando de nuevo dio una palmada en la espalda de Giuseppe, diciendo:

—¡Vamos allá!

Se lanzaron a la pelea entablada en el sector en que se había iniciado. La sala parecía un enorme y extraño *ring* en el que no menos de treinta hombres intentaban demostrar su superioridad.

Por doquier se oían gritos de dolor, siniestros crujidos de huesos desencajados, respiraciones entrecortadas, y una maldición detrás de otra.

Tim y Giuseppe cayeron como exhalaciones sobre los dos paisanos que, junto con el soldado, asediaban a Marcel.

Gastón salió del mostrador chillando:

—¡Va a comenzar el año nuevo! ¡El año 1956!... ¡Paz!... ¡Concordia!... ¡Todos somos hermanos...!

Una radio que minutos antes había estado emitiendo música de baile, dio un ronquido y el locutor empezó a hablar, pero las primeras palabras no pudieron ser oídas. Luego, la advertencia de Gastón empezó a surtir efecto. Todos los hombres dejaban de pelear y se quedaban inmóviles donde les había sorprendido la suspensión de la lucha. Un impresionante silencio fue adueñándose del local. Entonces se pudo oír la voz del locutor que, con voz de subastador, liquidó el año 1955 y anunció al nuevo. Empezaron a sonar las campanas de las doce. Los levantiscos parroquianos de «La Taberna de Bona» echaron de menos las uvas y él champaña de ciento, cincuenta francos botella. Algunos se pusieron a gatear por el suelo buscando los pequeños paquetes de celofán con doce uvas que habían adquirido por ochenta francos al entrar en el establecimiento y otros se preocuparon por encontrar un vaso donde beber el líquido que aún quedaba en las escasas botellas salvadas de la catástrofe.

Tim no participó en ninguna de estas dos tareas. Tenía otra

mejor. Buscó con la mirada a Clarisa, pues pensó que no podía empezar mejor el año que contemplando su confortante belleza, pero el corazón le dio un vuelco en el pecho cuando se dio cuenta de que Clarisa no se encontraba ya en el local.

—¡Eh, Giuseppe! —llamó a su amigo que estaba remojando el gaznate con el poco líquido que contenía medio casco de botella—. ¿Has visto a la chica?

—Yo no. ¿Ya la has perdido?

Tim no pudo responder, porque en aquel momento, coincidiendo con la última campanada de las doce, una mano le aferró fuertemente por el cuello de la camisa y un puño se estrelló contra su cara.

Fue la señal para que se reanudara la lucha.

—¡No! —gritó Gastón desesperado—. ¡Ha empezado el año nuevo! ¡Paz...!

Adams se incorporó rápidamente y, furioso como nunca, golpeó una y otra vez al individuo que lo había arrojado al suelo, fulminándolo al cabo de la serie, con un terrible gancho.

Giuseppe cogió a dos paisanos por la cabeza e hizo entrechocar estas con extrema limpieza.

Marcel rompió una silla en las espaldas de Louis.

De pronto, dos soldados, armados con metralleta, y un sargento irrumpieron en el local.

—¡Quietos! —gritó el sargento—. ¡Basta ya!

Los luchadores fueron quedándose nuevamente inmóviles. Gastón salió del mostrador en que se escondía y corrió hacia la puerta.

—¡Sargento Dasin! —gimió—. ¿Lo ve usted? ¡Otra vez! ¡Me han destrozado el local! ¡Es mi ruina!

Dasin frisaba en los cuarenta años de edad y era de estatura más que mediana, fornido, de tez cetrina, ojos un poco oblicuos, de color azulado, y barbilla saliente.

—¿Quién ha empezado? —inquirió cuando el dueño del establecimiento llegó cerca de él.

—¿Quién había de ser? ¡Los de siempre! ¡Ellos! ¡Tim, Giuseppe y Marcel!

Las pupilas del sargento centellearon mientras buscaban a los que habían sido nombrados por Gastón. Al fin, cuando los encontró, sus labios dibujaron una sonrisa.

—¿Cuándo salisteis del calabozo, muchachos?

—Hace una hora y media, sargento.

—De acuerdo. Os haré sentir haber salido de él.

—Ya sabemos que el favor no se lo debemos a usted sino al capitán Laroche.

—Le dije que no merecíais ninguna condescendencia y que se arrepentiría de soltaros. Ha bastado una hora y media para que demostrarais que yo tenía razón. ¡Atención los tres!... ¡Fir... mes! De frente. ¡Mar... chen!

Giuseppe, Tim y Marcel, por este orden, se pusieron en movimiento y, braceando vigorosamente, salieron del local precediendo a sus guardianes.

CAPÍTULO II

Los tres compañeros se hallaban en una celda. Giuseppe y Marcel acostados en sendos jergones mientras Tim paseaba de una pared a otra.

—Bueno —dijo el italiano—. ¿Qué te pasa Tim?

—Es esa chica, Clarisa. Se marchó antes de que yo pudiera hablar con ella.

—¿Y qué? Confieso que no estaba mal, pero ya darás con otra.

—No se trata de eso. Se encontraba en un apuro. Buscaba a un tipo llamado John Emerson, pelirrojo, con un lunar en la barbilla.

—¿Hubieses sido capaz de ayudarla a encontrarlo? Apuesto a que es su novio. ¿No te dijo en qué compañía estaba?

—No debe ser legionario.

—Entonces está claro. Hallará a su John. Bona es un pueblo pequeño.

—¿No es extraño que un hombre la citase en la taberna de Gastón la noche de fin de año?

—No sé qué tiene de extraño. El local de ese viejo usurero es el más popular de la ciudad.

—Pero ella en su vida había oído hablar de «La Taberna de Bona». La cita le fue hecha por medio de una carta que recibió en París.

Hubo un silencio, que rompió Giuseppe admitiendo:

—Desde luego, si es así, parece un poco misterioso.

—¿Queréis callaros de una vez? —rezongó Marcel—. ¿Es que no se va a poder dormir aquí?

—Está bien —repuso Adams—. Dormiremos todos.

Se dirigió al camastro que había al fondo de la celda y se tendió encima, pero, como suponía, tardó un buen rato en conciliar el sueño.

Despertaron al toque de diana, pero continuaron acostados hasta que un soldado les llevó el desayuno, café con leche y unos bollos de color pajizo.

—¿Es así como comenzamos el año? —dijo Giuseppe mientras cogía su ración—. ¿Lo estáis viendo, muchachos? Es lo de todos los días. Mi padre sirve mejor a los animales de su granja.

Marcel, con la boca llena, cayéndole el café por la comisura de los labios, repuso:

—No te preocupes. Si no te gusta, yo me lo tomaré.

Pero Giuseppe necesitaba alimentarse y, como sus compañeros, no dejó ni una miga de pan. Después preguntó:

—¿Tienes tabaco, Tim?

El americano lio un cigarrillo y ofreció la petaca a sus amigos.

Estaban fumando, sentados en sus respectivos jergones cuando oyeron pasos por el corredor que conducía a la celda y la voz de un centinela gritó:

—¡Fir... mes!

—¡Mirad quién es! —dijo el italiano con sorna.

Tim y Marcel volvieron la cabeza, observando con sorpresa que quien penetraba en la celda, una vez abierta la puerta, era el sargento Dasin.

—¿Es que no lo habéis oído? —gritó este—. ¡Firmes!

Los tres compadres se incorporaron con la rapidez de una centella, quedando inmóviles.

Dasin se puso las manos atrás y paseó lentamente frente al grupo escrutando a los estáticos rostros.

—Una noche muy divertida, ¿eh?... Gastón acaba de hablar con el capitán Laroche... Le ha presentado una lista de los desperfectos que habéis ocasionado en su local. ¿Sabéis a cuánto se elevan los daños? —el sargento hizo una pausa y prosiguió—: A cuarenta y nueve mil seiscientos treinta y cinco francos...

—¡No es cierto! —soltó Tim con rabia—. ¡Ese truhan no ha invertido más de treinta mil francos en todo cuanto tiene en su local!

—¡Silencio, soldado! —gritó Dasin y cuando Adams volvió a su actitud rígida añadió con voz irónica—: ¡Valga o no valga lo que él dice, tenéis que responder por la cantidad, puesto que está probado que la pelea la iniciasteis vosotros!

—Sargento —intervino Giuseppe—, deme permiso para salir de aquí y le prometo regresar antes de quince minutos. Me bastará para convencer a Gastón de que todo lo de anoche fue un mal sueño suyo.

Marcel lanzó una carcajada y Tim sonrió mientras la cara del sargento se ponía roja como una cereza.

—¡Silencio! —gritó exasperado.

Los soldados volvieron a su rigidez mientras Dasin recobraba poco a poco el color. Cuando al fin estuvo sereno dijo ominosamente:

—Esta vez os prometo que lo vais a pagar caro. ¡Daré parte, incluyendo el historial de cada uno de vosotros! Así se podrán dar

perfecta cuenta de la clase de tipos que sois. Llevo quince años en la Legión y jamás he tenido oportunidad de ver reunidos a tres soldados más indisciplinados que vosotros. Si de mí dependiese, os aseguro que pasaríais unos cuantos años en una prisión para que os sirviera de escarmiento.

De pronto una voz llegó procedente de la puerta, al tiempo que se oía un taconazo.

—Sargento Dasin...

El aludido giró preguntando:

—Sí. ¿Qué ocurre?

—El capitán Laroche le ordena que comparezca inmediatamente en su despacho.

—Enseguida voy.

—Y que le acompañe a usted Tim Adams.

El mensajero saludó y se fue.

Dasin distendió los labios en una irónica sonrisa, mientras preguntaba con los ojos fijos en el rostro del americano:

—¿Te das cuenta para qué quiere verte?

—Me lo supongo, sargento.

—No sabes cuánto celebro que el capitán me haya invitado a la fiesta. Hubiese dado cualquier cosa por no perdérmela.

Tim se dirigió a la salida de la celda seguido por Dasin.

—Un momento, sargento —dijo de pronto Giuseppe.

—¿Qué pasa?

—Aquí hay un error. Adams no tuvo nada que ver con lo sucedido anoche. Fuimos Marcel y yo quienes iniciamos la pelea. Dos soldados de la 3.^a Compañía podrán testimoniarlo.

—Es cierto —corroboró Marcel—. Giuseppe y yo empezamos la danza y luego Tim, cuando se dio cuenta de que estábamos en un apuro, trató de ayudarnos.

—Sois un par de amigos fieles —repuso Dasin con voz de falsete—. Pero esta vez no cuela el truco. Todo el mundo sabe que Tim es vuestro jefe, que le obedecéis ciegamente. Ya lo habéis oído, el capitán solo quiere verlo a él. Pero no os preocupéis demasiado. Probablemente su destino será el vuestro. Ya os lo contará él dentro de un rato. Hasta luego, muchachos.

Tim y Dasin salieron de la celda y, un minuto más tarde, el sargento llamaba a una puerta solicitando permiso para entrar.

—¡Adelante! —dijo una voz.

El capitán Charles Laroche era un hombre de unos treinta y tres años de edad, delgado, de pómulos salientes, ojos hundidos y nariz afilada.

—A sus órdenes, mi capitán —dijo Dasin al tiempo que él y su acompañante hacían el saludo militar, cuadrándose ante la mesa tras la que se sentaba el oficial.

Laroche examinaba unos documentos y no se dignó levantar la mirada sino al cabo de un rato.

—Supongo que, para encontrarlo a usted, Adams, al ordenanza le habrá bastado con ir al calabozo.

—Sí, señor.

Laroche dio un suspiro y dijo:

—Lo mismo ha ocurrido tres de las últimas cinco veces que he necesitado hablar con usted. ¿Qué le pasa, Adams? Si no le gusta esta clase de vida, ¿por qué demonios se alistó?

—Tuve que solucionar una situación comprometida en la que me encontraba —contestó Tim.

—No dudo de que debía tratarse de algo verdaderamente muy grave para usted, pero el caso es que desde que está a mis órdenes no ha hecho más que crearme problemas. Incluso ha contaminado a dos de sus compañeros. Les ha inculcado ese espíritu de rebeldía de que usted está poseído.

—Lo siento, señor.

Laroche se levantó de la silla y comenzó a pasear por la habitación. De improviso se detuvo, preguntando:

—¿Qué opinión le merece Adams, sargento Dasin?

—¿Quién...? balbució el interrogado.

—Ya lo ha oído, sargento.

Dasin carraspeó, diciendo:

—Posee un carácter raro. Es indisciplinado por naturaleza. Siempre procura salirse con la suya incitando a sus dos amigos a secundarle en sus planes.

—Una pregunta —interrumpióle el oficial—. ¿Alguna de esas indisciplinas la ha cometido en acto de servicio?

—No, señor. Siempre fuera de él. Le contaré una de sus últimas hazañas, capitán...

—Ya basta, sargento —lo interrumpió Laroche y se dirigió a una puerta que había al fondo de la habitación, la cual abrió mientras se cuadraba y decía—: A sus órdenes, mi general.

La estupefacción de Dasin y Adams Fue enorme al ver que efectivamente un general de unos cincuenta y cinco años de edad, pelo blanco, ojos grises y bigote recortado, se adentraba en la estancia dirigiéndose hacia ellos.

—De modo que son ustedes el sargento Julien Dasin y el soldado Tim Adams...

Los dos aludidos se llevaron la mano a la frente con rapidez.

—Caballeros —dijo Laroche— les presento al general Villeville, Jefe del Servicio de Información en Argelia.

—Bajen la mano, muchachos —dijo el general y tras una pausa añadió—: Conozco la hoja de servicio de ustedes dos y creo que puedo contar con ambos. Usted, sargento, ha realizado una gran labor en los años que lleva en la Legión Extranjera. En cuanto a usted, Adams, ha tenido pocas oportunidades de demostrar su valía, pero la inusitada actividad que ha desplegado en producir quebraderos de cabeza a sus superiores, siempre al margen del servicio, como acabo de oír, me han llevado a la conclusión de que puede ser un elemento muy valioso para cierto trabajo que han de realizar.

Tim tragó saliva, inquiriendo:

—¿Nosotros, señor? ¿De qué se trata?

—Lo van a saber ahora mismo. ¿Preparado, capitán Laroche?

El oficial contestó afirmativamente mientras colocaba encima de la mesa un gran mapa.

El general Villeville cogió una regla y, poniéndose a un lado para que Dasin y Adams pudiesen observar la carta geográfica, dijo señalando esta:

—Observen ustedes el punto que señalo. Es un cuadrilátero, como pueden comprobar, en uno de cuyos lados nos encontramos nosotros, Bona. Es la región oriental de Argelia. Este cuadrilátero está limitado al Este por la frontera tunecina; al Norte por la costa; al Oeste por la línea Bona-Gunod y al Sur por el camino de Gunod a Zoco Aras. Ustedes saben perfectamente que, en Argelia, últimamente, se ha recrudecido la actividad rebelde, pero en ninguna parte, este recrudecimiento ha adquirido la virulencia que en la región que les señalo. El balance de los ataques que nuestras tropas han tenido que soportar durante los últimos días del año 1955 es realmente trágico. Se los voy a enumerar a ustedes.

El general Villeville hizo una pausa y, tras un fuerte carraspeo, prosiguió:

—El veintinueve de diciembre, un convoy constituido por una unidad de artillería, escoltada por un grupo móvil de protección rural, salió de El Tarf para abastecer de víveres y municiones a algunos de los puestos de vigilancia establecidos cerca de la frontera de Túnez. Sorprendido en plena marcha, sufrió bajas sensibles entre las que figuran cinco muertos y otros tantos desaparecidos. Los guerrilleros en cambio lograron retirarse sin riesgo.

»El mismo día veintinueve, algo más al sur de El Tarf, un destacamento automovilístico integrado por una veintena de soldados al mando de un suboficial hace alto en las inmediaciones de Tustán. Los hombres echan pie a tierra y se adentran en el bosque donde suponen se ha refugiado una pequeña partida cuya detención intentan. Sin embargo, ocurre todo lo contrario. La tropa es rápidamente cercada, y aunque se defiende con energía, pierden en pocos momentos la mayor parte de sus efectivos y el material, pues otro grupo de guerrilleros se lanza sobre los vehículos que habían quedado en el camino y los incendian tras haberlos saqueado. Del campamento de La Calle acuden refuerzos, pero llegan tarde. El enemigo, que se lleva consigo cinco prisioneros, ha desaparecido y nuestros soldados no pueden hacer otra cosa que retirar sus bajas.

La regla manejada por el general Villeville corrió desde el punto que señalaba en el mapa, Tustán, hacia el Suroeste, deteniéndose en Gunod.

—Al día siguiente, treinta, en una emboscada, cerca de Gunod, pierden la vida tres oficiales y trece soldados— un nuevo movimiento del brazo y ahora el general señaló Zoco Aras—. En este sector, el día treinta y uno, es aniquilado un grupo de gendarmes y en la región de Gentis los guerrilleros, atrincherados en varias alturas, impiden con su fuego el movimiento de unas patrullas de vigilancia. Por último, en las inmediaciones de Cuelma, Kelleman y Dra el Mizan son continuas las escaramuzas entre nuestras tropas y los «felaghas».

El general dejó de hablar y, dando la vuelta a la mesa, se sentó, observando los rostros expectantes del sargento y el soldado.

—En un principio, el Alto Mando creyó que esta intensificación de la actividad rebelde era simplemente el comienzo de una nueva ofensiva por la que se trataba de hacer notar la protesta de los elementos extremistas contra las declaraciones de la Comisión Senatorial de la Defensa Nacional que estudia la cuestión argelina. Dicha Comisión, hace tan solo una semana, dio un comunicado oficial en el que se decía, entre otras cosas, que la vida económica y la seguridad de Francia y del conjunto de Europa, lo mismo que la del Continente negro, depende estrechamente del restablecimiento del orden y la prosperidad en África del Norte. Otros opinan que los nuevos sabotajes y ataques a nuestras tropas obedecen al hecho de que, los elementos independistas quieren explotar a su favor el estado de opinión que se ha formado a raíz del acuerdo gubernamental respecto a suspender las elecciones parlamentarias

en Argelia mientras perdurase el estado de inseguridad.

El general hizo un nuevo silencio cerciorándose de que era escuchado atentamente por el capitán Laroche, el sargento Dasin y el soldado Adams.

—Pero en el Departamento del Servicio de Información, que me honro en dirigir, teníamos una idea formada respecto al verdadero motivo de esta súbita reacción rebelde. Naturalmente, contamos con algo para sustentarla. Se lo voy a explicar a ustedes. Uno de nuestros agentes en el Oriente Medio nos ha comunicado confidencialmente que un enviado especial de los elementos antifranceses se dirige a Argelia para realizar una importante misión militar y política. La tesis que sustenta nuestro departamento es la de que, los ataques de que han sido objeto nuestras tropas en ese cuadrilátero, no persiguen otra cosa que la distracción de fuerzas hacia ese sector para que el referido enviado especial pueda penetrar por otro lugar de la frontera de Túnez. Ustedes conocen perfectamente que la frontera tunecina está siendo vigilada palmo a palmo para evitar que los rebeldes reciban ayuda de cualquier índole. Por ello ese agente enemigo necesita eludir tal vigilancia a cualquier precio. Después de observar detenidamente el mapa de la región, nuestro departamento ha llegado a la conclusión de que el enviado intentará cruzar la frontera por la zona situada al Este del macizo de Aurès. Esto debe ser así porque, una vez dejada atrás la línea divisoria, le será mucho más fácil perderse entre las montañas.

Villeville sacó un paquete de cigarrillos. Luego de encender y arrojar una bocanada de humo, dijo:

—Bien, caballeros. Ya lo tienen todo explicado. Quiero que ustedes dos capturen a ese enviado especial... y que me lo traigan vivo.

—Sí, señor —declaró el sargento.

—¿Qué hemos de hacer? —preguntó Adams.

—Bien, vamos a eso. Usted, sargento, se disfrazará de «felagha» e irá a Tebessa. Allí ha de esperar el resultado de la misión que ha de cumplir Adams.

—¿Cuál es, señor? —inquirió el americano.

—La parte suya era la que debía hacer el sargento, pero este es demasiado conocido y terminaría por atraer sospechas. Por ello Dasin se limitará a ser su enlace y en último caso su sustituto. Usted, Adams, empezará por desertar.

—¿Desertar, señor?

—Exactamente. Cuando salga de este despacho será conducido a

una celda individual. Ha de comportarse usted como si realmente quisiese escapar de la Legión Extranjera. Quiero decir con ello que no recibirá ayuda alguna nuestra y que se expone a morir cazado por nuestras propias balas.

—¿Cuándo he de escapar, señor?

—Cuando vayan a llevarle la cena esta noche. Suponiendo que usted logre salir del cuartel, se dirigirá a Tustán. Allí, cerca del Zoco de Yebel, hay una casa de comidas llamada La Meskiana. Su dueño es un francés renegado que ayuda por dinero a los rebeldes, ha de conseguir su confianza y en tal caso él le ayudará a cambiar su indumentaria de soldado por la de paisano. Lo demás depende de su habilidad. Pero como sugerencia me atrevo a decirle que el enviado especial ha de pasar por Thala. El capitán Laroche me ha dicho que domina usted perfectamente el árabe.

—Así es, señor.

—Magnífico. Ahora le toca a usted demostrar que ese espíritu de indisciplina perenne que ha mantenido desde que está bajo las órdenes del capitán no es pura filfa.

—Procuraré corresponder a su confianza, señor.

—Otra advertencia importante. Esta misión la deben cumplir ustedes en el tiempo límite de cuatro días. Procuraré que algún agente nuestro les eche una mano, pero no lo esperen, porque podría ser imposible ya que nuestros hombres son casi todos conocidos por el contraespionaje enemigo. Usted, Adams, debe procurar llegar a Tebessa con el enviado. Allí ha de entregárselo al sargento, quien inmediatamente se trasladará con él a Bona.

—¿Qué he de hacer yo, señor —preguntó Tim—, si entrego al enviado en Tebessa?

—Diríjase a Constantina y preséntese a mi ayudante, el comandante Benson. Caso de que fuese usted capturado por nuestras tropas, pida comunicación conmigo a Bona. ¿Alguna pregunta más?

—Solamente un ruego —dijo Adams.

—¿De qué se trata?

—Tengo dos compañeros...

—Oh, sí, Marcel Philipe y Giuseppe Monti. El capitán Laroche me ha hablado mucho de su pandilla.

—Quisiera despedirme de ellos.

El general se acarició la punta del bigote y tras los instantes de silencio, dijo:

—Lo siento, Adams, pero no puede ser. Afortunadamente a usted se le ocurrió pelear anoche en esa taberna. Ha sido castigado y falta

solo un detalle para que justifique su deserción.

—¿Qué detalle, señor?

—Saldrá ahora en compañía del sargento Dasin. Los dos centinelas que les han acompañado desde el calabozo les flanquearán cuando crucen el patio. Al llegar al centro, lugar desde donde la escena será visible a todos cuantos se encuentren en las cercanías, usted, Adams, pegará un puñetazo a Dasin.

—¿Cómo dice? —rugió el sargento, pero al darse cuenta de que estaba hablando con un superior pegó un taconazo, rectificando—. Sí, mi general.

—La agresión —prosiguió Villeville— será causa para un posterior consejo contra usted, soldado. ¿Ve como así queda explicada su deserción?

—Perfectamente, mi general —convino Tim.

El Jefe del Servicio de Información en Argelia se levantó y tendió la mano a Dasin.

—Buena suerte a los dos —dijo y cambió el segundo apretón con Adams—: Pueden marcharse, y que Dios les acompañe.

Dasin y Adams saludaron, dieron media vuelta y se dirigieron hacia la puerta.

—Un momento, muchachos —dijo de pronto Villeville y cuando se volvieron explicó—: Recuerden que los rebeldes matan a sus prisioneros, bien dándoles un tiro en la nuca o cortándoles la cabeza.

Los dos oyentes se quedaron un instante inmóviles y tras mirarse mutuamente salieron definitivamente del despacho.

Los centinelas que había fuera se pusieron a uno y otro lado de ellos.

Dejaron atrás las arcadas y empezaron a cruzar el patio. El sargento, por la comisura de los labios, dijo a Tim:

—Dame flojo, muchacho. Recuerda que ahora somos camaradas.

—No se preocupe. Lo trataré bien.

Siguieron avanzando por el patio y, de pronto, al llegar al centro, Adams dio un empujón al centinela que tenía más cerca y cogiendo rapidísimamente por el cuello de la camisa a Dasin le estrelló el puño derecho en la mandíbula.

Sonó un terrible chasquido y el sargento salió disparado como si lo impulsase un motor a reacción. Diez yardas más allá se derrumbaron estrepitosamente y después de dar dos vueltas de campana quedó quieto.

Los centinelas se arrojaron sobre el americano sujetándole

férreamente por los brazos.

—¿Qué has hecho, Adams? —dijo uno de ellos asustado—. ¡Esto va a ser tu ruina!

Los soldados francos de servicio se acercaron para contemplar al exánime sargento.

Tim contempló a su víctima con pesar mientras decía:

—He cumplido un deber... conmigo mismo. ¿Qué estáis esperando, compañeros? Llevadme al calabozo.

Y luego, con aire solemne, siendo el blanco de las miradas de todos, empezó a andar camino de la celda.

CAPÍTULO III

Tim consultó la esfera luminosa de su reloj. Faltaba un cuarto de hora aproximadamente para que le llevasen la cena a la celda. Había dormido durante ocho horas previendo que la noche que le esperaba sería pródiga en emociones.

Sentía marcharse sin poderse despedir de sus compañeros, pero el general había sido tajante al respecto y él no tenía más remedio que obedecer.

Comprobó, con satisfacción por el ventanuco que no se veía en el firmamento una sola estrella. Se había ido nublando el cielo poco antes de que se ocultase el sol y ahora era noche cerrada, oscura como boca de lobo.

Oyó ruido de pasos y un tintineo metálico. Había comenzado a repartirse la cena. La mazmorra individual en que él se encontraba era la última del corredor, por lo que cuando tuviese que escapar habría de pasar necesariamente frente a en la que se hallaban sus amigos.

Por fin, después de esperar un rato, una voz le llegó desde fuera, junto a la puerta.

—¿Qué tal se siente uno después de haber pegado a un sargento?

Era el soldado Smith, un inglés que estaba enchufado en la cocina, un tipo rastrero que se había ganado su puesto haciendo el soplón.

Los barrotes de la puerta guardaban entre sí tan poca distancia que era imposible pasar entre ellos el plato de comida.

Un centinela que llevaba un gran llavero abrió rápidamente, dejando que Smith se colase en el interior.

—¿Qué bazofia traes? —inquirió Tim.

Smith alargó el plato a Adams y metiendo un cazo en un caldero que había dejado fuera, en el corredor, empezó a dejar sobre aquel patatas cocidas con pequeños trozos de carne y salsa de un color parduzco.

—Guisado de ternera a la marsellesa —Smith aspiró profundamente, añadiendo—: Plato de dioses. Al menos te lo parecerá a ti cuando estés encerrado en otro sitio.

Tim se acercó más a la puerta mientras examinaba la carne del plato que sostenía con la mano derecha.

—¿Y qué hay para después? —preguntó.

Smith miró al centinela que estaba fuera y, sonriendo, le dijo:

—¿Lo has oído, Dubois? Pregunta qué le servimos después.

—¿Qué pasa? —preguntó el americano.

—Estás a media ración —contestó el inglés—. Orden del capitán Laroche. Solo falta que te entregue medio bollo de pan y ya estás listo hasta mañana.

Smith sacó el medio bollo de una bolsa que le colgaba de un hombro y se dispuso a abandonar la celda.

—Está bien —murmuró Tim y se dirigió al centinela—: Oye, Dubois. Dame tabaco. Estoy a punto de vaciar mi petaca.

—Lo prohíben las ordenanzas —contestó el aludido.

—¡Qué ordenanzas ni qué rábanos!... Te lo pagaré. ¿Te parece bien trescientos francos por un paquete?

Los ojos de Dubois se dilataron.

—¿Trescientos francos? —repitió en un susurro.

—Eso es lo que he dicho. A donde me van a llevar no valdrá el dinero.

Dubois miró al fondo del corredor y tras dudar unos instantes, penetró en la celda, dejó el fusil apoyado en la pared y empezó a desabrocharse el bolsillo superior de la camisa donde guardaba el tabaco.

Era el momento que había esperado Tim.

Con rapidez meteórica arrojó el plato con la comida al rostro de Smith e inmediatamente aplicó un puñetazo en el mentón a Dubois, el cual se desplomó sin emitir un gemido, privado del conocimiento.

Smith, con la cara llena de salsa, rezongó mientras trataba de recobrar la visibilidad:

—¡No admito esta clase de bromas!

—Es guisado de ternera a la marsellesa, Smith. Tu plato favorito —repuso Adams e inmediatamente lo fulminó de un izquierdazo.

Cogió el fusil, y salió de la celda cerrando a sus espaldas. Cruzó el corredor silenciosamente. Había decidido pasar por frente a la celda de sus compañeros sin detenerse, y en el momento que lo hacía pegó un salto sobresaltado corriendo hacia la izquierda porque, pegados a los barrotes, había visto las caras de Marcel y Giuseppe.

—¡Lo hemos oído todo! —murmuró el italiano—. ¿Te has vuelto loco, Tim? ¡Vuelve a la celda!

Adams se serenó esbozando una sonrisa.

—Me largo, compadres —repuso—. Estoy harto de la Legión.

—¡Serás declarado desertor! —dijo Marcel—. ¿Te das cuenta? ¡Pueden hasta fusilarte!

—Si me cogen, ¿verdad?

—No podrás escapar —machacó Giuseppe—. Te repito que es una locura, Tim.

—Ya no tiene remedio. Acabo de deshacerme de Dubois y Smith. ¿Qué creéis que me harían si volviese a la celda? Está tan claro como el agua. Lo meros me echarían diez años. ¿Creéis que estoy dispuesto a pasarme la vida encerrado en una prisión? No, muchachos. Tenéis que comprenderlo.

Los dos pares de ojos que había tras las rejas miraron al suelo.

—Bueno —suspiró Tim—. Siempre he aborrecido las despedidas y por eso pensaba largarme sin deciros nada, pero ya que nos hemos encontrado... ¡Maldita sea!... ¡Intento deciros que os deseo buena suerte...!

Giuseppe y Marcel se limitaron a asentir con la cabeza como si hubiesen perdido de pronto el habla.

Tim sonrió diciendo:

—No debéis preocuparos por mí. Os mandaré noticias. Os lo prometo.

Inmediatamente echó a andar alejándose de la celda.

Se detuvo junto a la puerta que comunicaba con el cuerpo de guardia, oyendo a su través un murmullo de voces. Levantó el fusil y abrió la puerta de un tirón.

Vio dos soldados y un sargento alrededor de una mesa jugando con una sucia baraja.

—¡Al que se mueva le levanto la tapadera! —les advirtió con voz ominosa—. Deme su pistola, sargento France.

El aludido empezó a levantarse de la silla y dijo; apretando firmemente los labios:

—Aún tienes tiempo de arrepentirte, Adams. ¿Sabes lo que estás haciendo?

—Desertar —contestó el americano—. Es algo que he venido madurando desde hace algún tiempo. Se me ocurrió viendo vuestras sucias caras. ¡Ya va siendo hora de que las pierda de vista! ¡Vamos, deprisa, sargento! ¿O es que quiere ser un héroe?

France sacó la pistola y por un momento pareció que iba a utilizarla, pero Adams le apuntaba con su fusil y debió resolver que era mal asunto crearse complicaciones. Por ello alargó el arma con el cañón hacia abajo y Tim la tomó esgrimiéndola con la mano izquierda.

—¡Adentro los tres! —ordenó una vez más—. ¡Rápido!

El sargento y los dos soldados se apresuraron a obedecer y cuando estuvieron en el corredor Tim los amenazó de nuevo.

—Nada de gritos. Sabéis que me juego el pellejo. Si oigo silbar una bala a mí alrededor, soy capaz de haceros un relleno de plomo.

—No te preocupes —le contestó France—. Por lo que se refiere a nosotros, te podrás marchar sin peligro. De todas formas, no tardarás en caer.

—Buenos chicos. Hasta la vista.

Adams salió, cerró con la llave que había puesta en la cerradura y corrió a la otra puerta que comunicaba con el patio. Abrió y ganó el exterior. Sabía a qué lugar debía dirigirse para escapar del cuartel. Al fondo, a la derecha, había un pequeño portillo que comunicaba con un segundo patio, más pequeño que el principal, en uno de cuyos rincones crecía una higuera. Sus ramas le servirían para saltar el muro y, tras correr unas yardas por el borde, podría dejarse caer a la otra parte.

Llevó a cabo el plan tal como lo había forjado en su mente, pero cuando se encontraba en lo alto de la pared oyó unos fuertes gritos. Su fuga había sido descubierta. Imprimió más velocidad a sus piernas y poco después saltaba del muro. Su caída fue violenta, aun cuando no se hizo daño alguno porque sabía que aquel lugar estaba lleno de arena. Luego se enderezó y echó a correr internándose por una callejuela que conducía al interior de la población.

Al cabo de un rato dejó de correr para no llamar la atención de las personas que empezaba a encontrar a su paso.

Pensaba que su huida del cuartel, la desertión, había resultado fácil pero que no lo sería tanto el lograr salir de Bona. Hasta aquel momento no había pensado en ello, pero ahora que respiraba el aire de la noche y que él se había convertido en una presa a la que perseguiría muy pronto una numerosa jauría, el problema tomaba las debidas proporciones.

Hizo trabajar con rapidez el cerebro tratando de dar con la forma de dirigirse hacia el Sur y, tras unos minutos de resultados infructuosos, durante los que deseó cuantas ideas surgieron en su mente, aceptó la de ir a una posada de no muy buena fama en la que había pernoctado algunas noches francas de servicio, después de haberse divertido a su manera. Allí había visto algunas veces a mercaderes que rendían viaje en Bona y que regresaban a su punto de partida, después de cargar sus dromedarios con nuevas mercancías.

Entró en el patio de la posada, a aquellas horas casi desierto, y luego se introdujo en la sala que se utilizaba como comedor, una escalera, al fondo, conducía al piso superior donde se hallaban ubicados los dormitorios.

El dueño del negocio, un judío llamado Benzaquen, le recibió con una sonrisa y una pregunta.

—¿Cómo está el americano?

Tim lo cogió de un brazo y se lo llevó a un rincón poco iluminado, donde le dijo:

—Oye esto, Benzaquen: Tú no me has visto esta noche.

El judío frunció el ceño.

—¿Dificultades, yanqui?

—He acudido a ti para que me las resuelvas. Necesito salir de Bona inmediatamente.

Benzaquen hizo una mueca de pesar mientras decía:

—No quiero líos con el ejército, señor Adams. Tiene que comprenderlo. Si lo cogen en mi casa, me cierran el local por tres meses. ¿Se da cuenta? ¡Y tengo que pagar los impuestos! El Estado quiere su dinero. Se trabaje o no.

Tim exhibió un fajo de billetes que atrajo la atención del posadero.

—Pensaba darte diez mil francos por tu ayuda —dijo Adams—, pero ya que tú no puedes hacer nada por mí, buscaré a otro.

Empezó a girar para marcharse, pero el hebreo se apresuró a cogerlo de un brazo.

—Espere, Adams. Ahora recuerdo que quizá pueda hacerle ese favor.

—Si has de comprometerte demasiado, será mejor que lo dejemos.

—No, no... quiero decir que, desde luego, el compromiso es grande, pero, tratándose de usted, haré cuanto pueda por servirle.

—De acuerdo. ¿Sale alguna caravana esta noche de tu posada en dirección al Sur?

—Hay un mercader que se dirige a Kenchela. Otros dos marchan más al Sudoeste.

—Me quedo con el de Kenchela. ¿Cuándo será?

—Poco más o menos dentro de dos horas.

—Necesito cambiar mi uniforme.

Benzaquen miró de pies a cabeza al soldado y dijo:

—Es usted muy alto, Adams. Me costará lo menos quince mil francos encontrarle ropa adecuada.

—No soy un novato —masculló Tim dirigiendo una mirada furibunda al rostro del judío—. Por dos o tres mil francos puedes conseguir lo que necesito.

—Doce mil, Adams.

—Te daré seis mil y te ganas más de la mitad.

—Recuerde que es un favor especial. Apuesto a que antes de un minuto llegan los soldados en su busca.

Como si el destino tratase de darle la razón, en aquellos instantes se oyeron desabridas voces procedentes de la calle.

Tim se echó encima del posadero cogiéndole por el cuello.

—Te voy a dar ocho mil, Benzaquen, pero si me traicionas te juro que mañana habrá una tumba más en el cementerio de los judíos.

—¿Por qué había de traicionarle? Usted es mí amigo, Adams.

Tim lo soltó, poniéndole en la mano los ocho mil francos.

—¿Dónde me vas a esconder?

—Métase en la habitación número cuatro.

—¿Y si la registran?

—No entrarán allí. De eso me encargo yo.

—Reza porque así sea.

Tim se alejó del posadero y subió por la escalera introduciéndose en la habitación que le había señalado. Era una pequeña estancia donde había una cama, un lavabo desconchado y una silla. Se sentó en el borde de la cama y después de cerciorarse de que la pistola que le había quitado al sargento France funcionaba a la perfección, escondió el fusil bajo el colchón, pensando que en el futuro no podría servirle más que de molestia.

De pronto llegaron a sus oídos las voces de los legionarios que le buscaban. Esperó escuchar, de un momento a otro, los gemidos de los peldaños de madera, pero al cabo de un minuto volvió a reinar el silencio.

Al parecer Benzaquen había cumplido su palabra.

Transcurrió otro cuarto de hora antes de que el hebreo asomase su ganchuda nariz por el resquicio de la puerta.

—¿Está aquí, Adams?

—¿Esperaba que me fuese volando por la ventana?

Benzaquen se introdujo en la habitación llevando consigo una indumentaria de «felagha».

Tim examinó la ropa, protestando:

—Esta tela está pasada. ¿A qué muerto has desnudado?

—¡Por el profeta Isaías! Esa ropa perteneció a uno de mis hijos. La conservaba como recuerdo, pero se la doy a usted porque le tengo en gran estima.

Tim ya no escuchaba la hipócrita explicación. Había de conformarse con lo que le diesen. Se cambió en pocos minutos y luego preguntó:

—¿Has hablado con ese mercader?

—Está conforme, pero quiere mil francos más.

Tim asaeteó con la mirada al especulador.

—¿Quién los quiere? ¿Tú o el mercader?

—Es él. Se lo juro, Adams.

—No jures porque no te creeré. Serías capaz de vender a tu propio hermano por un puñado de billetes. Es igual; te daré los mil francos que pides.

La cara de Benzaquen se iluminó con una sonrisa cogiendo el nuevo montón de billetes.

—Espere aquí mi señal, Adams. Será cuestión de una hora.

El soldado volvió a quedarse solo y se tendió en la cama para descansar.

Había pasado media hora desde que salió el posadero cuando oyó un murmullo de voces. Aguzó el oído llegando a la conclusión de que en la habitación de al lado hablaban dos personas. No le dio importancia y continuó acostado.

De pronto distinguió claramente un suave estampido. Se levantó de un salto y se dirigió hacia la puerta, abriéndola sin hacer ruido. El corredor estaba vacío. Salió fuera deteniéndose ante la puerta número tres. Puso la mano en el picaporte y lo hizo girar silenciosamente. Empezó a abrir poco a poco, comprobando que la estancia estaba iluminada, y cuando hubo espacio suficiente para que pasase su cuerpo se coló dentro.

Entonces creyó que la sangre se le helaba en las venas.

En el suelo, cerca de la cama, había un hombre boca abajo. Muy cerca del brazo izquierdo, en el suelo, se estaba formando un charco de sangre.

Al fondo del dormitorio, pegada contra la pared, se hallaba Clarisa Hopper esgrimiendo una pistola.

—No se mueva, soldado, o le pasará lo mismo que a ese hombre
—dijo la hermosa mujer.



—No se mueva, soldado, o le pasará lo mismo que a ese hombre.

CAPÍTULO IV

Tim meneó la cabeza diciendo:

—Al fin dio con el hombre que buscaba. La felicito, señorita Hopper.

—¿Qué hace vestido de esa forma?

—Me disponía a dirigirme en estos momentos al baile anual de disfraces que organizan las Viudas Pobres de Bona.

—Creo que no es momento de hacer chistes.

—¿Y lo dice usted? Cuénteselo a ese hombre que acaba de matar y verá usted cómo se ríe.

—Piensa que soy una asesina, ¿verdad?

—Todo lo contrario, querida. Él y usted estuvieron de parranda esta noche. Luego subieron a su cuarto porque él le dijo que le iba a enseñar una pistola que había pertenecido a su abuelito. Usted la quiso ver de cerca, puso el dedo donde no debía y salió una bala; ¿Ve que fácil? Todo fue pura casualidad.

—¡Es usted un estúpido!

—Lo fui al creer que era usted una inocente palomita. Ahora comprendo que debí beber más de lo que suponía.

—Es ahora cuando se equivoca, señor Adams. He matado a ese hombre en legítima defensa.

—¿Sugiere que él intentaba matarla a usted?

—Exactamente.

—¿Y quiere decirme por qué?

—No puedo decírselo.

—Ya me lo suponía, pero quería oírlo de sus labios.

—Usted me ofreció anoche ayuda, señor Adams, pero no me encontraba en situación de aceptarla. ¿Mantiene todavía su oferta?

Tim sonrió amargamente.

—Quise acompañarla para buscar al hombre que la había citado en el local de Gastón. Ahora ya dio con él. Terminó la comedia. No me necesita para nada.

Clarisa se mordió el labio inferior y dijo:

—¿Y si le dijese que todavía no he encontrado a John Emerson?

Adams la miró fijamente a los ojos durante un rato y al fin se acercó al cadáver, dándole la vuelta.

Aquel individuo no tenía el cabello rojo, sino negro, y en su mentón no aparecía ningún lunar.

—¿Quién es? —preguntó a Clarisa.

—No lo sé. Hace un rato llamó a mi puerta y yo le autoricé a entrar. Me dijo que lo enviaba John Emerson y que me llevaría a su lado. Lo creí y me dispuse a ir con él. Cuando di la vuelta para ir a coger mi maletín, vi por el espejo del lavabo que se abalanzaba sobre mí esgrimiendo un cuchillo. Corrí a la cama, debajo de cuya almohada había escondido una pistola y, antes de que pudiera hundirme en el cuerpo el cuchillo, disparé sobre él a bocajarro.

Tim miró al suelo, descubriendo un cuchillo junto a las patas de la silla.

—No parece mala su historia —declaró sin mirar a la joven.

Registró el cadáver, sacando la cartera del bolsillo interior de la chaqueta. Encontró dieciocho mil francos en billetes y una tarjeta de identidad expedida por el Sindicato de Transportes de Argel a nombre de René Ferssi. La fotografía del carnet reproducía la cara del muerto.

—¿Oyó alguna vez hablar de René Ferssi, señorita Hopper?

—No, nunca.

Tim volvió a dejar la cartera en su sitio y se incorporó.

—¿Por qué no me lo cuenta todo, Clarisa? Matar a un hombre, es una cosa seria hasta en Argelia, donde mueren varias docenas cada día.

—Lo siento, señor Adams, pero no puedo decirle nada.

—¿Está usted sola en Bona?

—Así es.

—¿A qué lugar desea dirigirse?

—A Tebessa.

Tim sintió un ligero estremecimiento. Tebessa era la localidad en que él debía entregar el enviado especial de los rebeldes al sargento Dasin.

—¿Por qué ha de ser precisamente Tebessa?

—Es asunto mío, señor Adams.

La contestación de Clarisa terminó por exasperar al soldado.

—¡Es usted absurda, señorita Hopper! ¿Por qué demonios no ha de tener confianza en mí?

—Decida de una vez si me va a ayudar —replicó con voz seca la muchacha—. Entre nosotros no queda nada por discutir.

Tim tardó en decidirse un par de minutos.

—De acuerdo —murmuró—, pero no crea que pierdo la esperanza de abrir la tapa de la caja para oír la música.

—¿Qué va a hacer?

—Pensaba dirigirme a Kenchela. Este ropaje con el que me ve

significa que he desertado de la Legión —Adams hizo una pausa, preguntando—: ¿No le interesa saber por qué lo he hecho?

—En absoluto. Usted tendrá sus razones.

Los dientes de él rechinaron.

—Es la primera mujer que logra sacarme de quicio. Creo que estoy cometiendo la mayor equivocación de mi vida, pero tengo curiosidad por conocer el final del cuento. Vendrá conmigo en esa caravana, pero necesitará cambiarse también de ropa.

—¿Qué hacemos con el cadáver?

—Lo meteré bajo la cama. Apuesto a que René Ferssi se introdujo en la posada sin ser visto por nadie. Debió de seguirla a usted, y esperó la oportunidad para ganar la escalera de acceso a este piso.

Tim escondió al muerto como había dicho y luego colocó una sucia alfombra sobre el pequeño Charco de sangre.

—Bien, todo está listo —declaró cuando se incorporó—. Daría cualquier cosa por ver la cara que pondrá mañana Benzaquen cuando la mujer de la limpieza le comunique la noticia. Creo que, después de todo, va a tener el local cerrado durante tres meses.

—¿Y mi vestido? —preguntó Clarisa.

—Yo me encargaré de ello, pero por favor, guarde ya esa pistola.

En aquel instante Tim oyó crujir los peldaños de la escalera y abrió la puerta unas pulgadas descubriendo que quien subía era el posadero.

Salió fuera, sobresaltándole.

—¡Menudo susto, señor Adams!—, resopló Benzaquen—. ¿Qué hacía en esa habitación?

—Ahí dentro hay una mujer que va a venir conmigo.

—¡No puede ser! —protestó el judío haciendo una mueca.

—Cinco mil francos más y no se hable del asunto. Necesito ropa de mujer —Adams le puso otro fajo de billetes en la mano derecha, conminándole—. ¡Daté prisa! ¿No va a salir ya la caravana?

—Eso quería decirle —. Benzaquen echó una mirada al dinero que tenía en la mano y añadió—: Sus precios son ruinosos, señor Adams.

—¡Pídemme un franco más y te rebano la nuez!

Benzaquen asintió con la cabeza y salió disparado hacia la escalera.

Tim volvió a introducirse en la habitación número tres.

—Todo arreglado —dijo a la joven—. Pero será mejor que se cambie en mi cuarto.

—Se lo agradezco mucho, señor Adams. La muerte de ese

hombre me ha destrozado los nervios.

Clarisa pasó junto al soldado y salió fuera mientras él decía:

—Pero ¿tiene usted nervios, señorita Hopper? No lo hubiese podido creer.

Ella entró en la otra estancia y Tim esperó a que regresase Benzaquen con la indumentaria para la muchacha.

Mientras Clarisa se cambiaba, él se quedó en el corredor. Por fin se abrió la puerta y apareció la esbelta joven.

Adams la observó atentamente, comentando:

—Parece usted la protagonista de una película en technicolor y cinematóscopo.

Bajaron al patio y el posadero les presentó al mercader que se dirigía a Kenchela. Se llamaba Mohamed El Yiyeli y era de rostro adusto, ojos verdosos y barba negra muy espesa.

—Tengo diez dromedarios —explicó—. La señorita montará en el cuarto y usted, soldado, en el quinto. Cúbranse la cara durante todo el viaje y no hablen con nadie. Si nos detiene alguna patrulla, dejen que sea yo quien resuelva la situación.

—De acuerdo, mercader —convino Tim—. Seremos mudos como piedras.

Poco después de la media noche, Mohamed El Yiyeli mostraba el salvoconducto de que era portador en uno de los puestos que guardaban la entrada y salida de Bona, y encontrándolo conforme, la caravana dejó atrás la población emprendiendo la ruta de Kenchela.

CAPÍTULO V

Hacía dos días que habían salido de Bona. En la noche del segundo acamparon a unos veinte kilómetros de Tustán. Había terminado el viaje Tim Adams en la caravana de El Yiyeli. No se lo había dicho a nadie, ni siquiera a Clarisa, si bien es verdad que con la joven apenas había cruzado unas cuantas palabras en las últimas cuarenta y ocho horas.

Pensó que debía llegar a Tustán aquella misma noche y aun cuando había decidido, en un principio, desaparecer sin despedirse de nadie, a última hora se creyó obligado a dar cuenta a la muchacha de su decisión.

Clarisa se había apartado del lugar en que los criados del mercader preparaban la cena y levantaban las tiendas para pasar la noche. Se hallaba sentada en una de las numerosas piedras que había en aquel terreno quebradizo en que empezaba a formarse el macizo montañoso de Aurès.

Acercóse a ella sigilosamente y la saludó:

—Buenas noches.

Clarisa giró hacia él sobresaltada. Y Tim tuvo la convicción de que había interrumpido sus pensamientos.

—Oh, es usted.

—¿Prefiere estar sola?

—No. Es que me había distraído. Precisamente, hace un rato, quería hacerle a usted una pregunta.

—¿De qué se trata?

—¿Cuántos días tardaremos en llegar a Kenchela?

—Aún han de pasar cuatro más.

—Va a ser un viaje pesado.

—No para mí —dijo Tim—. De ello venía a hablarle. Aquí se separan nuestros caminos.

—Creí que me acompañaría a Tebessa, señor Adams.

—Lo siento, pero no puedo. Recuerde que soy un desertor. Si me cogieran, estaría perdido. Me interesa llegar cuanto antes, a Túnez. Allí tengo más probabilidades de pasar inadvertido hasta que encuentre la forma de salir de África.

—Comprendo —murmuró débilmente la joven. Hubo un largo silencio entre los dos.

Un chacal aulló en la lejanía y por Oriente un meteoro cruzó el

firmamento dejando tras sí una estela de chispas que se apagó pronto.

Tim se acercó más a Clarisa y le cogió una mano.

—¿Por qué no viene conmigo, Clarisa?

Los bellos ojos de la mujer quedaron fijos en los de él.

—Es imposible, señor Adams.

—¿Por qué no deja de llamarme ya señor Adams? ¿Por qué no me explica de una vez su jeroglífico? Hay momentos en que me desespera, Clarisa, y otros en qué...

—¿Qué? —lo animó a proseguir ella.

Tim la atrajo hacia sí, besándola en los labios.

Cuando se separaron, la joven respiró entrecortadamente.

—Venga conmigo a Tebessa, Tim.

Adams se quedó inmóvil. Vaciló unos instantes mientras en su mente se agolpaban confusamente las preguntas. ¿Qué era lo que realmente buscaba Clarisa Hopper en aquella inhóspita región? ¿Qué lazos la unían a John Emerson? ¿Quién era este?

El Destino lo obligaba a separarse de ella sin que recibiese contestación a ninguna de las interrogantes. No podía irse con Clarisa so pena de hacer de sí mismo lo que hasta entonces solo había representado ser un desertor. El general Villeville había confiado en él para realizar una misión trascendental de la que dependían la vida de muchos hombres, entre los que podían hallarse Giuseppe Monti y Marcel Philipe.

—¿Qué contesta, Tim? —inquirió la joven con voz suplicante, con sus frescos labios casi pegados a los de él.

—Lo siento, Clarisa, pero no puedo acompañarla más.

La muchacha no debía haber esperado la tajante respuesta porque se separó de él visiblemente contrariada.

—Creí que era un caballero —dijo.

—Viajará segura con este mercader. Creo que cumplirá su palabra de llevarla a Kenchela. Desde allí le será más fácil llegar a Tebessa.

—Gracias por sus instrucciones. ¿No se va ya?

—Esperaré a la hora del sueño. No quiero que se aperciban de mi desaparición. Usted es la única persona que sabrá dónde voy. ¿Puedo contar con su silencio?

—No se preocupe. No diré nada.

—Había pensado que nos despediríamos amigos —dijo Tim—. Puede que algún día nos volvamos a encontrar.

—No creo que sea posible —contestó secamente ella.

—Le deseo suerte, Clarisa. Hasta la vista.

Tim regresó al campamento y se sentó cerca de la hoguera. Con la luna nueva había descendido notablemente la temperatura y hacía frío. La última parte de su conversación con la joven se lo había hecho sentir. Permaneció a solas con sus pensamientos hasta que uno de los criados le trajo la cena. Comió poco y entró en la tienda, que, desde la primera noche de acampada, tenía asignada, y que compartía con otros dos hombres.

Se tendió en el suelo, cubriéndose con una manta y esperó el momento de abandonar aquel lugar.

Media hora más tarde penetraron en la tienda los argelinos, quienes no tardaron en conciliar el sueño.

Aproximadamente a las doce, Tim se desprendió de la manta y arrastróse fuera de la tienda.

Había solo un centinela junto a la fogata, pero pudo burlarlo fácilmente y pocos minutos más tarde se encontraba en la carretera que conducía a Tustán, donde llegó a las dos y media de la madrugada.

La población se hallaba envuelta en el silencio y necesitó andar un rato por las callejuelas antes de que encontrase a un tullido que dormitaba en el rincón de una puerta le preguntó por «La Meskiana» y el mendigo le indicó la dirección que debía seguir. Tim le entregó cien francos y continuó su camino.

El patio de «La Meskiana» estaba vacío, pero por los cristales de una puerta que había al fondo, a la izquierda, se filtraba un raudal de luz y a sus oídos llegaron las notas de un piano.

Al abrir la puerta sonó una campanilla en la parte superior.

En el salón donde se encontraba había un mostrador a la derecha. En la parte frontera había una escalera que conducía al piso superior.

El piano se ubicaba en un rincón situado a un lado del mostrador.

Desde el lugar en que se había detenido no podía observar a la persona que hacía correr sus dedos por el teclado, la única que había en aquellos instantes en la sala.

Echó a andar, pasando junto al mostrador y deteniéndose al final del mismo, descubriendo que quien se sentaba ante el piano era una mujer de cabellos rubios como el trigo en agosto.

—Buenas noches —dijo.

La mujer, sin dejar de tocar el piano y sin volver la cabeza, repuso:

—No hay ninguna habitación desocupada ni la habrá en toda la semana. Cuando salga, procure no hacer mucho ruido con la

campanilla.

—No le daré mucho que hacer —dijo Tim—. Me sentaré en una silla y esperaré a que amanezca, pero le agradecería que me sirviera un vaso de *whisky*.

—Voy a cerrar el local ahora mismo —continuó ella y se volvió bruscamente haciendo girar el sillín en que se sentaba.

Adams vio un óvalo perfecto sobre el que destacaban los ojos más verdes que había visto en su vida, unos pómulos sensitivos salientes, y una boca pequeña de labios rojos como la grana.

Habían estado hablando hasta entonces en francés, pero la siguiente pregunta fue hecha en inglés por la mujer:

—¿Americano?

—Sí.

—Y apuesto a que desertor.

—¿Cómo lo supone?

—Me telefonaron ayer desde Bona. ¿Por qué diablos se le ha ocurrido venir a Tustán?

—Un compañero me dijo que aquí encontraría lo que me hace falta.

—¿Y qué es lo que quiere?

—Un medio de salir de Argelia cuanto antes.

Tim calculó que la joven podría tener unos veinticinco o veintiséis años de edad.

—Se llama usted Tim Adams, ¿no?

—Así es.

—Mi nombre es Marie Lenbeck —repuso ella levantándose—. Creo que le daré el *whisky* que me ha pedido.

No volvieron a hablar hasta que él hubo bebido un buen trago de alcohol.

—Mi amigo me habló de que el dueño de «La Meskiana» era un tal Pierre —dijo él.

—Lo sigue siendo. Él se retira a las dos y yo me quedo por si aparece algún cliente.

Adams puso el vaso sobre una mesa cercana y saco un paquete de cigarrillos. Marie aceptó la invitación y ambos prendieron fuego de la misma cerilla que sostuvo él. Después de arrojar sendas bocanadas humo, Tim preguntó:

—¿Qué me dice de lo mío?

—No puedo darle una solución. Tendrá que esperar.

—No ha de ser por mucho tiempo. Tustán debe estar infestado de soldados y gendarmes como Bona y los demás sitios.

—Pierda cuidado al respecto. Quizá aquí esté más seguro que en

cualquier otra parte—. Marie hizo una pausa mirando fijamente a los ojos de Adams y luego añadió—: Voy a cerrar.

—Déjeme que lo haga yo. ¿Basta con echar la puerta?

La joven movió la cabeza afirmativamente y él se dirigió hacia la entrada del establecimiento y tras abrir la puerta que tenía la campanilla, bajó la metálica que daba al patio. Imprimió mucha lentitud a sus movimientos y cuando se volvió, Marie se había sentado de nuevo ante el piano e interpretaba un «fox» con ritmo lento.

Ella sintió que Tim regresaba a su lado y pregunto sin dejar de tocar:

—¿Le gusta la música, Adams?

—¿Ha conocido algún americano que no le guste?

—Esta era la pieza favorita de Sam Power. Se titula «Siempre vuelvo». Él la oyó hace cuatro o cinco años en Nueva York y desde entonces sintió verdadera obsesión por ella. Me hizo que la aprendiera para que la ejecutase delante de él.

Tim se dio cuenta entonces de que la joven debía de haber bebido un poco más de la cuenta o bien un hondo pesar en su corazón le hacía buscar un confidente. Se sentó en una silla, junto a la mesa en que había dejado el vaso de *whisky*, y preguntó:

—¿Quién es Sam Power?

Marie invirtió algún tiempo en contestar. Sus blancas manos, de dedos largos y uñas rojo sangre, se deslizaban suavemente por el teclado.

—El hombre más hombre que he conocido en mi vida... Inteligente, audaz, temerario. No puede haber otro como él entre un millón.

—Me gustaría conocerlo. De un tipo así se aprende siempre algo.

—Llega demasiado tarde... Sam Power murió.

En la estancia se siguió oyendo el «fox» favorito del muerto. Al cabo de un largo minuto Tim murmuró:

—Se ve que lo ha sentido usted mucho...

Marie descargó con fuerza las manos sobre el teclado produciendo una serie de sonidos inarmónica y quedó inmóvil con la cabeza baja.

Ahora solo se oyó el ladrido de un perro en la lejanía.

—Lo siento —dijo Tim.

Marie se levantó y dirigióse al bar, donde escanció *whisky* en un vaso. Bebió de un solo trago el contenido y se volvió a servir otra ración. Entonces, con el vaso en la mano, se acercó nuevamente adonde Tim se hallaba.

—Sam Power despreciaba a los débiles —declaró—. Decía que el sentimentalismo era una aberración. Me odiaría si supiese que continuó interpretando «Siempre vuelvo». Me hizo prometer muchas veces que no lo tocaría más si alguna vez no regresaba —la joven sonrió amargamente, añadiendo—: Y ya lo ve. He faltado al juramento...

—¿Cuándo murió?

—Hace un mes.

—¿Estaba usted con él?

—No. Fue en la frontera tunecina. Alguien le traicionó. Fue sorprendido por una patrulla de gendarmes.

—¿Por qué hubo de haber traición? La frontera es uno de los lugares más vigilados. Siempre he creído que era muy difícil cruzarla. Por eso he venido aquí en busca de ayuda.

—¡Usted, Pierre, Steve!... ¡Todos necesitan ayuda! Pero Sam Power se bastaba a sí mismo. Era fuerte como una roca. Jamás necesitó a nadie. Para acabar con él tenía que existir un Judas que lo vendiese. Los gendarmes conocían perfectamente el lugar y la hora elegidos por Sam para cruzar la frontera.

—Comprendo. ¿No se ha sabido quién lo traicionó?

—No.

Hubo otra pausa mientras bebía un nuevo trago.

—Usted lo quería mucho, ¿verdad, Marie?

—Creo que me enamoré de él en el primer momento que lo vi.

La joven se detuvo, mirando fijamente al rostro de Tim y empezó a reír hasta soltar una histérica carcajada.

De pronto, su cuerpo se dobló hacia adelante y dejó caer el vaso, el cual se hizo añicos contra el suelo, mientras la mano que lo había sostenido buscaba apoyo en la mesa.

Adams se levantó y la cogió de los hombros.

—¿Qué le pasa, Marie?

Ella, con la cabeza inclinada, respiró entrecortadamente diciendo:

—No es nada... Ya pasó todo.

Pero él continuó sosteniéndola hasta que la joven levantó la cara, diciendo:

—Ha sido curioso.

—¿Qué es lo curioso?

—Se ha repetido la escena. Steve entró como usted, a la misma hora. Yo también estaba sola tecleando en el piano. Solamente que él no iba disfrazado de «felagha». Se dirigió a mí e igualmente me pidió un vaso de *whisky*. Su voz ronca me impresionó. Cuando di la

vuelta para contemplarlo supe que era el hombre de mi vida—. Marie hizo un silencio y otra vez esbozó una sonrisa que más pareció una mueca de dolor—. No sé por qué le estoy contando esto... Al fin y al cabo, es usted un extraño.

—La mayoría de las veces, desahogarse es bueno.

—Ya he terminado —repuso ella más tranquila—. Creo que le he amargado la llegada. Bueno, intentaré quitarle el mal sabor de boca. Usted, como todos, debe tener una pieza favorita. La tocaré en su honor. ¿Cuál es?

—«Tiempo borrascoso».

Marie dio media vuelta y se acercó al piano, ante el que se sentó, empezando a interpretar la composición que Tim había elegido.

Adams comparó mentalmente todo aquello que le estaba sucediendo con otras circunstancias por las que había pasado muchos años antes, muy lejos de allí, de África.

Por un instante deseó que el general Villeville no se hubiese acordado de él para realizar aquella misión.

De súbito Marie preguntó:

—¿Le gusta, Adams? Este «fox» estaba de moda al finalizar la guerra y yo lo tocaba también una docena de veces al día en el «music-hall» en que trabajaba en París. Fue estupendo cuando me descubrió mi viejo profesor en aquel local de tercera categoría. ¿Sabe una cosa? A los quince años fui primer premio Conservatorio. Iba a ser una gran pianista. Llegué a dar un concierto en el Salón de Invierno. Los críticos me elogiaron. Iba a ser una gloria de la música. Pero yo me encargué de demostrarles que estaban equivocados.

A Tim le dolían las palabras que la joven se dirigía a sí misma. En su vida debía haber una honda tragedia, una tragedia que debía de haber empezado en aquel París que ella recordaba ahora.

Pero ¿por qué demonios se iba a interesar por la aventurera? Él estaba allí, no para apiadarse de una muchacha, sino para cumplir las órdenes recibidas de un superior.

De repente, una voz grave llegó por detrás de él:

—Ya basta, Marie.

Tim se volvió rápidamente al tiempo que la muchacha dejaba, inmóviles sus manos sobre el teclado.

Allí, en un rincón, cerca de la escalera, se encontraba un hombre cuyos ojos brillaban en la semipenumbra.

CAPÍTULO VI

Marie se levantó y, tras mirar durante unos segundos al hombre que le había ordenado cesase de teclear el piano, dijo:

—Creí que estarías durmiendo, Pierre.

Pierre Vanel frisaba en los cincuenta años y era de estatura regular, frente abombada, ojos grises y nariz muy ancha. Sus ojos se desviaron hacia Adams mientras preguntaba a la joven:

—¿Quién es?

—Un desertor de la Legión.

Hubo un largo silencio, mientras los dos hombres se contemplaban fijamente. Al fin, Pierre declaró:

—No quiero desertores en mi casa. Comoquiera que se llame usted, ya puede largarse.

Tim bebió el último trago de *whisky* que contenía su vaso y después respondió:

—Tengo dinero fresco, Pierre. Sé pagar un favor.

—No me interesa su dinero —Pierre entrecerró los ojos como si de repente un pensamiento hubiese cruzado su cerebro e inquirió—: ¿Quién le ha dicho que viniese aquí?

—¿Cree que me habría jugado el tipo escapando de una mazmorra de Bona sin saber a dónde dirigirme?

—Le he preguntado que quién le dio mi dirección.

—Está bien, se lo diré. Henry Smith.

Tenía que mentir y dio el primer nombre que acudió a su mente, el del inglés enchufado en la cocina:

—Henry Smith —repitió pausadamente Pierre mientras hacía esfuerzos por recordar—. No lo conozco.

—Siempre he dicho que en esta parte de África un nombre no dice nada. Estoy seguro de que Henry se habrá llamado de cinco maneras distintas en los últimos años.

—¿Qué le dijo concretamente?

—Que usted me brindaría la oportunidad de burlar a mis perseguidores.

—Ese Smith es un embustero. Yo nunca he tenido que vérmelas con desertores.

—Quizá en uno de los camiones... —empezó a decir Marie.

—¡Cállate! —la interrumpió Pierre.

—Estoy dispuesto a pagarlo bien —dijo Tim seguidamente—.

Treinta mil francos es una buena cantidad para que usted se arriesgue a dejarme en la otra parte de la frontera.

El dueño de «La Meskiana» emitió una risita.

—Sigue sin interesarme.

—Estoy dispuesto a subir hasta cincuenta mil. Pero no me pida más porque es todo cuanto tengo.

Pierre sacó un habano del bolsillo superior de la queta, se lo puso en los labios y lo encendió, dando largas chupadas. Después de arrojar el fósforo apagado, contempló unos instantes la punta ígnea, diciendo con displicencia:

—¿No tiene miedo de que yo le engañe, señor...?

—Adams, Tim Adams —ahora fue el soldado quien sonrió—. ¿Por qué iba a engañarme?

—Por los cincuenta mil francos, naturalmente. Sería muy sencillo. Le exigiría el pago por adelantado, le metería en un camión y al llegar a la frontera, usted sería detenido.

—Podría hacerlo, pero no lo hará.

—¿Por qué tiene esa seguridad?

—Usted no pertenece a esa clase de tipos. Si se compromete a dejarme en Túnez, cumplirá su palabra.

Pierre echó a andar hacia donde se encontraba el joven.

—¿Por qué desértó?

—Un sargento me tomó tanto cariño que no podía acostarse un solo día sin buscarme una complicación.

—¿Lo mató?

—No. Solo le golpeé, pero ya llovía sobre mojado tenía un buen cartel en la compañía. Eso es lo malo de estas cosas. Pegas un resbalón y luego ya no te dejan ni toser.

—¿Quieres traer la botella de *whisky*, Marie, y un vaso para mí?

La muchacha fue al mostrador y regresó con lo que le habían solicitado. Ella misma escanció en los vasos.

—¿Cuándo quiere pasar, Adams? —preguntó Pierre.

—Siendo posible, esta misma noche...

—Tendrá que esperar a mañana.

—Si no hay más remedio, me conformaré. ¿De qué forma me va a llevar a Túnez?

—Irá en el compartimiento secreto de un camión. No viajará muy cómodo, pero será cuestión de dos o tres horas.

—¿Por qué punto cruzamos la frontera?

—Eso es secreto, Adams. Usted estará mañana por la noche en Túnez y es lo único que debe importarles.

—De acuerdo. Quisiera dormir un poco.

En aquel instante sonaron chirridos de neumáticos en la calle y Pierre y Marie se miraron.

En la puerta metálica resonaron tres golpes. Pierre echó a andar rápidamente y poco después abrió.

Un hombre muy alto, de rostro bien parecido, con las manos escondidas en los bolsillos de un abrigo negro, penetró en el local.

—No te esperaba esta noche, Steve —dijo Vanel.

El aludido se detuvo al descubrir que había un desconocido en la estancia.

—¿No habéis cerrado, Pierre? —preguntó.

El interrogado se humedeció los labios con la lengua y, sonriendo, contestó:

—Verás... Yo te explicaré. Es un desertor de la Legión. Se llama Tim Adams.

Otros dos hombres entraron en la sala. Uno era tan alto como Steve, de nariz muy pronunciada y bigote espeso, y el otro, que no le llegaba al hombro, gordinflón y de piernas cortas.

—¡Baja la puerta! —ordenó Steve.

Pierre obedeció y volvióse, acercándose al del abrigo negro.

Este, que no había apartado su mirada de Adams, descargó una terrible bofetada en la mejilla de Vanel.

—¡Imbécil! ¿Desde cuándo tomas decisiones por tú propia cuenta?

Pierre retrocedió trastrabillando hasta que sus espaldas chocaron con el filo del mostrador. Allí se quedó asustado, acariciándose la cara con la mano.

—¡Contesta! —le conminó Steve—. ¿Es que has perdido el habla?

—No... Creí que podía hacerlo —balbució—. Pensé que no había nada de malo en que me ganase un poco de dinero.

—¿Qué estás diciendo?

Adams creyó llegado el momento de intervenir:

—En realidad, el señor Vanel me quería hacer solamente un favor... Le dije que necesitaba llegar a Túnez.

Steve escrutó el rostro de su interlocutor, diciendo:

—Hay mucha gente que se dedica a pasar soldados a la otra parte de la frontera. Búsquese otro.

—Me gusta más la oferta de Pierre. Cincuenta mil francos por viajar en forma de cuatro en un compartimiento secreto de un camión.

Steve sonrió irónicamente.

—Pierre, por lo visto, se ha olvidado de que al está aquí para

obedecer órdenes... Y en cuanto a usted, será mejor que se marche ahora que puede.

—¿Quiere que me prendan? Están patrullando por las calles y no tengo un arma para defenderme. Si salgo, me cazarán como a un conejo.

El de la nariz pronunciada sacó una pistola y con ella apuntó a Tim mientras decía sarcásticamente.

—Y si se queda aquí, lo acribillaremos como a una liebre.

Tim se quedó un rato en suspenso y después de mirar uno a uno a los hombres, posó sus ojos en el rostro de Marie, enseñó las palmas de las manos en un gesto de resignación y dijo:

—De acuerdo. Me iré. Ese último argumento es el más convincente. ¿Qué le debo por lo consumido?

—Nada —contestó Pierre—. La casa lo ha invitado.

Adams sonrió y se encaminó resueltamente hacia la salida. Cuando se disponía a agacharse para levantar la puerta metálica, Steve exclamó:

—¡Espere, Adams!

El soldado giró despaciosamente, preguntándole:

—¿Qué pasa?

Steve se pellizcaba la barbilla con la mano derecha.

—¿Quiere ir a Túnez?

—Ese es el asunto.

—¿Tiene dinero?

—Los cincuenta mil que iba a pagarle a Pierre por el viaje.

—Suponiendo que llegase a Túnez, ¿con qué medios cuenta para seguir adelante?

Tim se encogió de hombros, contestando:

—Bueno, esperaré una oportunidad.

—No tiene nada fijo, ¿eh? —Steve acercóse paso a paso a Adams—. ¿Sabe conducir?

—Naturalmente.

—¿Qué le parece si le hago una proposición para ganar dinero?

—Explíquese y lo decidiré.

—Usted se limitará a conducir un camión. Solo tendrá que ponerse al volante un par de veces a la semana. Tendrá un trabajo descansado. Quince o dieciséis horas cada siete días.

—¿Por dónde he de circular?

—Desde Argelia a Túnez y viaje de regreso.

Tim arrugó el entrecejo.

—¿Argelia? ¿No sabe que ese nombre será maldito para mí a partir de ahora?

—Espere a oír mi oferta. Ciento cincuenta mil francos mensuales.

—¿A quién hay que matar?

—Ni siquiera tendrá a su alcance una pistola. Es un trabajo seguro, sin riesgo.

—Lo puede ser para usted, pero no para mí. Recuerde que me persiguen.

—De eso no tiene que preocuparse.

—Eso lo dice usted porque no está en mi pellejo.

Steve rio fuertemente, diciendo después:

—¿Y si le doy una prueba de que conmigo estará seguro?

Adams meneó la cabeza, contestando:

—Venga esa prueba.

—Está bien. Pierre, llama inmediatamente al 235. Di que es urgente.

Vanel se dirigió a la puerta que había al fondo, por la que desapareció.

Steve se frotó las manos, diciendo:

—Tengo metido en los huesos este condenado frío de Argelia. Tráete una botella, Borki y tú, Marie, alégranos la velada. ¿Por qué no tocas «Siempre vuelvo»?

Tim descubrió un extraño fulgor en los ojos del grandullón y cuando volvió la mirada hacia la joven vio que esta se mordía el labio inferior en un gesto de rabia.

—¿Todavía echas de menos a Sam, querida? —dijo Steve esbozando una sonrisa.

—¡Vete al infierno! —exclamó ella.

—¡He dicho que toques!... Solo bromeaba respecto a ese maldito «fox» de Sam.

Marie se sentó ante el piano y empezó a interpretar un vals.

Mientras tanto, Borki, el larguirucho, había preparado cuatro vasos de *whisky*.

—Uno es para usted, Adams —dijo Steve.

—He bebido ya bastante —rechazó la invitación Tim—. Quiero estar en mis cabales cuando realice esa prueba respecto a mi seguridad.

—Un muchacho muy precavido. Usted mismo se asombrará.

Pierre reapareció, diciendo:

—Vendrá enseguida.

Steve se quitó el abrigo, lo dejó en una silla, cogió un vaso de *whisky* y bebió dos tragos seguidos. Luego miró a Marie, que parecía abstraída interpretando el vals.

—¿Sabes que te traigo noticias de tu Sam, preciosa?

La joven detuvo el movimiento de sus manos, como si súbitamente se le hubiesen agarrotado sobre las teclas. Sin volverse, preguntó:

—¿Qué noticias?

—Estuve hablando en Thala con Gounod.

—Tenía entendido que murió también.

—Eso creímos todos, pero solo recibió un balazo en el muslo. Consiguió escapar de los gendarmes. Lo recogieron unos campesinos y ha permanecido tres semanas con ellos para recuperarse.

—¿Qué te ha contado de Sam?

—Les dieron el alto a la salida del barranco del Huerto. Sam viajaba en el primer camión, como siempre que hacía la ruta. Debió cargarse al primer gendarme pero, entonces, de la pineda que hay a ambos lados de la carretera, empezaron a hacer fuego. Lo malo fue que allí no se podía maniobrar. Ellos mismos se habían metido en la ratonera. Tuvieron que abandonar los tres camiones entre una lluvia de balas. Intentaron huir retrocediendo hacia Túnez, pero les habían cerrado el paso. Se defendieron durante media hora. Al fin quedaron Sam, Gounod, Bercier y Luigi. Sam dio orden de salir corriendo cada cual en una dirección distinta.

Steve hizo una pausa para beber un nuevo trago de *whisky*.

Adams observó a Marie. Desde que aquel había empezado el relato sobre lo ocurrido a Sam, se había mantenido completamente inmóvil.

—Salieron los cuatro de estampida —prosiguió Steve—, bajo un diluvio de plomo, y entonces fue cuando a Gounod lo alcanzaron en la pierna. Se derrumbó en el suelo y miró hacia atrás. Entonces vio cómo convertían en un colador a Sam. Él, que tantas veces se jactó de no cometer un fallo, lo tuvo en el momento más grave de su vida. Al echar a correr no se dio cuenta de que se dirigía hacia un promontorio sobre el que su figura se recortaba perfectamente en el cielo. Le pegaron un balazo y siguió corriendo. Luego otro y se tambaleó. Llegó un tercer proyectil y los tumbó en el suelo. Se incorporó, y después, cayendo y levantándose, los gendarmes continuaron haciendo blanco una y otra vez en su cuerpo...

—¡Cállate! —gritó frenéticamente Marie.

—Al fin se abatió y ya no se levantó más.

La joven se puso en pie girando bruscamente.

—¡Qué gran consuelo para ti!... ¿Verdad, Steve? Tú, el lugarteniente de Sam, su mejor amigo, a quién se lo debías todo, en

quien él confiaba como si fueses su hermano... ¡Y tú lo odiabas!... ¡Lo odiabas más que a ninguna persona en el mundo!

Steve sonrió irónicamente, preguntando:

—¿Por qué iba a odiarle?

—¡Tú sabes bien por qué! Él era todo cuanto tú hubieses querido llegar a ser. Era temido por cuantas personas trabajaban con él. Su nombre lo pronunciaban con respeto. Era duro con cuantos lo rodeaban, pero al propio tiempo no dejaba de ser justo. Tenía éxito entre las mujeres porque era un hombre fuerte en todos los sentidos. Todo eso era Sam y a ti te corroía el corazón su éxito y su fortuna.

—Debes tener mucha fiebre, Marie —murmuró Steve con voz grave—. No te das cuenta de lo que dices.

—En mi vida, antes de ahora, he sentido más profundamente lo que he dicho. Y agregaré algo más, por si no tienes bastante. ¿Sabes qué impresión me has dado contándome la muerte de Sam?

—Anda, dilo de una vez.

—Me has parecido una hiena carnícora.

Steve palideció visiblemente y fue a decir algo, pero Marie dio media vuelta y se dirigió a la escalera, la cual ascendió rápidamente, desapareciendo por la parte superior.

Reinó un profundo silencio en la estancia durante un par de minutos y al fin Steve lo rompió exclamando:

—¡Maldita sea!... ¡La hubiera estrangulado con mis propias manos!

—Bah, no le hagas caso—: opinó Borki—. ¿Qué se puede esperar de las mujeres?

—Está muy afectada desde que murió Sam —explicó Pierre—, pero ya se le pasará. Es cuestión de tiempo.

—Creo que no tendré paciencia con ella —murmuró Steve con voz ominosa.

De repente dieron tres golpes en la puerta metálica.

Pierre fue a abrir y poco después Adams vio con asombro que quien penetraba en el local era un oficial de la policía fronteriza.

Tendría unos cuarenta años de edad y era de estatura baja, ojos pequeños de color pizarroso y gran papada bajo la barba.

—Buenas noches, Steve —saludó acercándose al aludido—. ¿Para qué demonios me haces salir a estas horas de la cama?

—Pensé que te gustaría conocer a un amigo —Steve señaló a Tim, diciendo—: Tim Adams, que acaba le desertar de la Legión.

El joven se levantó de un salto.

—Era ese su juego, ¿eh, Steve?... ¡Le juro que se lo haré pagar

caro aun cuando tenga que esperar diez años...!

Steve clavó sus acerados ojos en el rostro de Tim y súbitamente lanzó una carcajada, estremeciéndose.

—¿Habéis oído, muchachos? —dijo sin cesar de reír—. ¿Y a ti, Mollet? ¿No te divierte?

Borki, Pierre y el gordinflón corearon las carcajadas de su jefe, pero el oficial de policía se limitó a esbozar una sonrisa.

El soldado observaba con el ceño fruncido a los cinco hombres.

—Eso ha tenido gracia, Adams —dijo Steve—. ¿No querías una prueba de seguridad para trabajar conmigo? Pues aquí está la demostración. Te presento al capitán Sergio Mollet, de la policía fronteriza.

—¿Era necesario esto? —retrucó Mollet en tono de protesta—. No me gustan ciertas cosas, Steve.

—Al parecer, Adams es de los que no se convencen hasta ver con sus propios ojos. ¿Qué dice ahora? ¿Acepta o no ese puesto que le he ofrecido?... No tiene que temer nada. Mollet enviará un informe a Bona en el que dirá que no ha encontrado rastro alguno de usted en Tustán.

—Hecho, Steve —convino Tim—. ¿Cuándo he de empezar a trabajar?

—Mañana por la noche.

—De acuerdo. En tal caso, sería conveniente que me fuese a dormir.

—Oh, sí... Pierre se encargará de darle habitación. También le proporcionará ropa de persona civilizada. Ya no es necesario que vaya disfrazado.

—¿Cuándo me dará las órdenes concretas sobre el trabajo?

—Eso será sobre la marcha. Hasta mañana.

Tim dio las buenas noches y se dirigió hacia la escalera, siguiendo a Pierre.

Cuando ambos hubieron desaparecido por la parte superior, Mollet dijo acremente:

—¿Cómo se te ha ocurrido contratar a ese hombre, Steve? Es un mal asunto dar trabajo a una persona que no se conoce. ¿Qué sabes de él al fin y al cabo?

Steve emitió una risita, contestando:

—Da la pequeña casualidad de que ese Adams nos ha venido bien para la clase de faena que hay que realizar mañana. Aún nos falta conocer un detalle. Cuando Adams haya ejecutado el trabajo, y si logra escapar de la trampa, lo eliminaremos. ¿No será un nuevo honor para ti, Mollet, comunicar a tus superiores el haber

encontrado muerto a un desertor de la Legión?

CAPÍTULO VII

Tim estaba observando, en el espejo del lavabo, qué tal le caía el traje marrón que le había proporcionado Pierre, cuando llamaron suavemente a la puerta.

—Adelante —dijo.

Era Marie. Adams lanzó un silbido contemplándola de pies a cabeza. Se cubría con un suéter rojo y una falda negra de punto que realzaba su esbeltez y las formas de su cuerpo. El sueño reparador había devuelto juventud a su rostro, bello y sensitivo.

La joven sonrió diciendo:

—Tampoco está usted mal con ese traje.

—No está hecho a mi medida, pero no me puedo quejar —Tim apoyó el codo en la pared, muy cerca de la muchacha, preguntando —: ¿Dónde es la fiesta?

—Hoy no se celebra ninguna en Tustán. Voy a la modista a probarme y pensé que a usted le gustaría estirar las piernas.

—Olvida que estoy recluido en «La Meskiana».

—¿Cómo? —Marie hizo un mohín de sorpresa—. ¿Pero no habló usted anoche con el señor Mollet?

—Así fue.

—Pues entonces no tiene que preocuparse. Tiene las espaldas cubiertas. Puede pasear por dónde le plazca sin temor a ser arrestado.

Tim dio un suspiro, replicando a continuación:

—Es un consuelo haber dado con unos amigos como ustedes —hizo una pausa, añadiendo mientras se enderezaba—: De acuerdo, la acompañaré a esa modista.

Bajaron la escalera. En el bar había ya una docena de clientes. De los que Tim conocía, solo vio a Pierre, quien al ver a los dos jóvenes dirigirse hacia la calle hizo una mueca.

Ya en el exterior, el soldado preguntó:

—¿Se ha fijado en la cara de Pierre, Marie?

—Nunca me ha gustado.

—Es usted bastante extraña. Da la impresión de que posee una voluntad fuerte, lo cual se contradice con el hecho de que la haya encontrado en compañía de esos hombres.

—Los intereses comunes unen a las personas.

—¿Qué interés de usted puede ser común al de ellos?

—El dinero.

—¿Es tan importante para usted?

Marie le miró de soslayo, replicando:

—Mire, Tim, la vida no me ha tratado muy bien. Anoche, mientras tocaba para usted en el piano, le dije algo...

—Me proyectó un tráiler de su vida.

—Ahora tendrá el film completo, pero muy resumido. Le dije que yo iba para fenómeno musical. Era la impresión de todos. Entre los que quemaban incienso a mí alrededor destacó un hombre perteneciente al mundo en el que yo quería introducirme. Era un crítico muy importante de París. Baste decirle que lo que él opinaba sobre un artista era considerado como irrefutable. Cuando di aquel concierto de que le hablé fue uno de los primeros en felicitarme. Me sugirió que le dejase ser mi padrino en mi lanzamiento. Yo no tenía padres. Murieron en un bombardeo durante guerra. Vivía con un tío que no se preocupaba poco ni mucho de mí. Acepté la propuesta del crítico, como no podía ser menos. Todo fue bien durante los tres primeros meses. Comenzó el verano y me dijo me tenía un plan estupendo para mí. Me llevaría por la Costa Azul y yo ejecutaría unos cuantos conciertos en las mansiones de gente adinerada y competente que me abrirían la puerta de la fama. Naturalmente, lo consideré como una gran oportunidad y nos pusimos en viaje. Tomamos el sol en la Costa Azul, nos bañamos, hicimos excursiones, pero el primer concierto nunca llegaba. Cuantas veces yo le preguntaba sobre el particular, mi presunto padrino eludía hábilmente la respuesta. El cada vez tomaba más confianza conmigo, hasta que un día, después de una libación nocturna, el alcohol le dio ánimos para quitarse la careta y expresar sus verdaderos sentimientos... En fin, para qué contarle. Salí de dónde estábamos con el vestido roto unas cuantas magulladuras, pero tenía que haberlo visto a él con un ojo completamente negro y un diente menos. El caso es que logré escapar de sus garras.

»Regresé a París para continuar mis estudios, pero no había contado con el odio del hombre que había rechazado. Su venganza no se hizo esperar. Un empresario me ofreció otra oportunidad en París. Yo andaba escasa de dinero y aun cuando había practicado poco desde que tuve la desgracia de tropezar con mi crítico, acepté el contrato. Desde luego, no realicé una ejecución maravillosa al piano, pero tampoco lo hice mal. Él estaba allí y, al día siguiente, en su periódico, me hundió calificándome con los peores adjetivos que pudo encontrar en su emponzoñado cerebro. Ese fue el final de mi carrera artística.

»Conocí el hambre, el desdén, el sarcasmo y otras lindezas por el estilo. Una noche recalé en un establecimiento de a cien francos cubierto. Allí, un hombre entabló conversación conmigo. Me dijo que tenía un empleo para mí. Resultó que me conocía por haber visto mi fotografía en un periódico, cuando di mi primer concierto. Era un agente teatral. Me ofreció mil doscientos francos, viajes y hoteles pagados, si aceptaba una turné por África del Norte. Tenía que tocar el piano en los locales nocturnos. Estaba decidida a no pasar más hambre y acepté su oferta. Luego fui de un lado a otro hasta que me encontré con Sam Power...

—Comprendo —murmuró Tim—. Desde luego, no ha sido una chica de suerte.

Ella le sonrió diciendo:

—Siempre me digo que habrá quien la tenga peor.

—Indudablemente—. Adams guardó silencio durante unos instantes y de pronto preguntó—: ¿Qué me dice de Sam?

—Ya oyó anoche a Steve contar su final.

—Me refiero a sus ocupaciones anteriores.

—Oh, sí... Sam Fue uno de los centenares de americanos que vinieron a África a construir las bases aéreas. Ocupaba un cargo en una firma constructora de obras. Ya sabe lo que pasó. Con motivo del despilfarro de dólares, hubo una investigación y muchos compatriotas suyos quedaron en la calle. A Sam le tocó también la china, pero no regresó a los Estados Unidos. Prefirió quedarse aquí pensando que era un buen lugar para ganar el dinero en grande.

»Creo que hizo de todo, pero donde encontró un filón fue contrabandeando entre los puertos del Mediterráneo... Nunca se sinceró conmigo hasta el extremo de contarme sus andanzas. Fueron retazos que yo iba uniendo con las frases deslavazadas que él soltaba de vez en cuando. Un día le dije que ya tenía bastante dinero, que debía de dar por terminado su trabajo y preocuparse solamente de disfrutar de la vida. Tarde o temprano le llegaría a él también la mala racha y entonces todo se acabaría. Pero Sam me respondió con una carcajada de jactancia, como el jugador que no encuentra límite a sus apuestas cuando va doblando sus posturas siempre con éxito. La noche antes de que muriese, tuve un sueño. Lo vi muerto. Cuando desperté corrí a contárselo. Yo sabía que aquella tarde saldría para Túnez. Quise quitárselo de la cabeza, pero me calmó diciéndome que cuando se sueña que una persona muere, paradójicamente, se le dan años de vida... Sam confió demasiado en su estrella.

Marie dejó de hablar y Tim respetó durante un rato su silencio.

Cruzaban por una calle a cuyos lados había una tienda tras otra. Los compradores parecían pelear con sus dueños, ocupados todos en la tarea tan árabe y morisca de regatear el precio de la mercancía.

—Le voy a sugerir una cosa, Tim —dijo Marie.

—¿De qué se trata?

—Póngase al volante del camión esta noche, márchese a Túnez y, una vez allí, no vuelva.

—Me está proponiendo que traicione a Steve...

—Con esa gente eso no es una traición, sino una medida de seguridad. Si permanece una semana con ellos luego será demasiado tarde. Se hará a sus costumbres, a su forma de vivir y usted mismo se considerará tan atado a todo ello que, aun cuando luego quiera romper los lazos, no podrá.

—¿Por qué esa preocupación por mí?

—Porque, aunque hace pocas horas que le conozco, estoy segura de que no es como ellos.

—Yo soy un desertor.

—Razón de más para que no continúe enfangándose.

—Olvida usted también una cosa. A mí me gusta el dinero, y nunca me han hecho una oferta como la de Steve. Es un buen pellizco con un mínimo de riesgo.

—Era lo que pensaba también Sam y ya ve cómo ha acabado.

—El contrabandear con armas lleva consigo de vez en cuando alguna sorpresa.

Marie miró a Tim, enarcando las cejas:

—¿De modo que al fin se lo han dicho?

—¿Lo del contrabando de armas? Ni una palabra. Pero era sencillo deducirlo.

—¿Y piensa continuar con ellos a pesar de todo?

—El señor Mollet jugó un papel importante en mi resolución.

La joven se detuvo ante el portal de una casa de dos pisos.

—Ya hemos llegado —anunció—. ¿Quiere subir conmigo?

—Oh, no. No puedo resistir a dos mujeres hablando de trapos. ¿Para cuánto tiene?

—Pongamos media hora.

—De acuerdo. Dentro de treinta minutos vendré a recogerla. Si no ha salido todavía, esperaré.

Marie levantó la mano despidiéndose y desapareció en el portal.

Tim empezó a andar. No había desayunado y se dispuso a entrar en el primer café que encontrase en su camino.

Ello ocurrió unas treinta yardas más allá de la casa de la

modista.

Penetró en el establecimiento, se sentó a una mesa y pidió al argelino que se le acercó un café con leche y tostadas.

Estaba dando fin a la segunda tostada, cuando una voz, detrás de él, dijo:

—¿Cómo le va, señor Adams?

Volvióse sobresaltado, contemplando en la mesa vecina a dos «felaghas» con la cabeza gacha. Se mantuvo un rato observándolos, pero como no diesen señal de reconocerle, llegó a la conclusión de que las palabras que creyó oír solo habían existido en su mente. Giró de nuevo para continuar su desayuno cuando la misma voz de antes dijo:

—Está completamente despierto, señor Adams.

Ahora Tim se volvió con más lentitud y al ver que los «felaghas» continuaban sin mostrar el rostro, él se levantó y sentóse a su mesa, inquiriendo:

—¿De qué broma se trata?

Uno de los «felaghas» levantó la cabeza y Tim desorbitó los ojos, exclamando:

—¡Giuseppe!

El italiano distendió los labios en una sonrisa mientras replicaba.

—¿Cómo te va, Tim?

Adams cogió la cabeza del otro «felaghas» y la levantó. No se había equivocado en su suposición. Era Marcel Philipe.

—¡Por todos los infiernos, muchachos! ¿Qué hacéis aquí?

Marcel indicó a Giuseppe con la mirada.

—Fue una ocurrencia de este —declaró.

Tim los miró de hito en hito unos segundos y luego lanzó un gemido, al tiempo que decía:

—No creo que lo hayáis hecho...

—¿Qué es lo que no teníamos que hacer? —preguntó Giuseppe.

—Desertar.

—¿Y quién dice que hemos desertado?

Tim dejó pasar unos minutos mientras examinaba a sus compañeros, y, al fin, dijo:

—Esas tropas que vestís, no pueden indicar otra cosa.

—¡Mira quien habla! —replicó Giuseppe—. ¿Qué hiciste tú en Bona? Apuesto a que no irías al capitán Laroche diciéndole: «¿Me da permiso para hacer un viaje de placer por Argelia?»

—¡Lo mío es distinto!

—¿Por qué va a ser distinto? Ni siquiera nos dijiste lo que ibas a

hacer.

—Vosotros sí que la habéis hecho buena.

—Este y yo pensamos que nos íbamos a aburrir mucho en Bona. Tú te largaste y, al día siguiente, Smith nos contó que el sargento Dasin se había largado no sé dónde en comisión de servicio. ¿Te das cuenta?... ¡Marcel y yo solos en aquella celda!... Era más de lo que podíamos soportar.

—Está claro que cuando no estoy con vosotros, cometéis las mayores barbaridades.

—Eso me suena a chiste. ¿Crees que te van a condecorar a ti por tu escapada?

—¡Vete al infierno! No se puede discutir con vosotros. Está bien, ya estáis aquí. ¿Cómo demonios habéis dado conmigo?

—En Bona supusimos a dónde te habían llevado tus piernas después de salir del cuartel. Hablamos con Benzaquen y él, muy educadamente, nos lo explicó todo.

—¿Cuánto os sacó?

—¿Crees que ese tipo me puede sacar a mí algo? Nosotros somos los que le hemos sacado a él estos hermosos trajes y cien mil francos en dinero contante y sonante. Benzaquen es un buen amigo mío. Me hizo lo me se dice un préstamo.

—Adivino los sudores que le sobrevendrían mientras le apretabas el cuello con tus garras. ¿Y cómo os la habéis arreglado para llegar solo unas cuantas horas después que yo?

—Otro amigo de Bona nos dejó un destartelado camión, pero no se ha portado mal durante el viaje.

—Di mejor que robasteis ese vehículo.

—¿Por qué no dejas de ser severo con nosotros? —rezongó el italiano—. Al fin y al cabo, el camión será devuelto a su dueño sin un solo deterioro. Lleváramos dos horas preguntando por los locales de Tustán cuando te vimos por la calle en compañía de esa hermosa joven de la que te despediste hace un rato. Al parecer te las has arreglado para relacionarte pronto.

—Es una antigua amiga. El amor de mi vida. Por ella he abandonado la Legión.

Tim dio a sus palabras un tono solemne y sus dos amigos le observaron atentamente.

—No creo una palabra de lo que dices, Tim —dijo Marcel.

—¿Por qué no?

—Nunca has concedido importancia a una mujer, ni siquiera nos hablaste de esa chica.

—¿Es que necesitaba contaros todas mis historias?

—Supongamos que sea cierto —dijo Giuseppe—. ¿Qué razón nos vas a dar para justificar que te encuentras en Tustán paseando por la calle y vestido de paisano?

—¿Qué tiene de malo eso?

Marcel chasqueó la lengua y dijo mirando a Giuseppe:

—A lo mejor no ha mirado el mapa y no sabe que Tustán es todavía Argelia.

Tim dio un resoplido y, tras rascarse el cogote, repuso:

—Mirad, muchachos. Siempre nos hemos llevado como hermanos. No me negaréis que he sido un padre para vosotros.

—¿A dónde quieres ir a parar? —rezongó Giuseppe—. Nunca nos han gustado los sermones.

—¡No es un sermón! Estoy recordándoos cómo me he comportado siempre contigo y con Marcel.

—¿Es que acaso no te hemos correspondido? ¡Si hasta hemos venido detrás de ti para ayudarte!

—De eso se trata. Precisamente, por ahora, no necesito vuestra ayuda. Continuaremos siendo los mejores amigos si seguís mi consejo.

—¿Cuál es? —preguntó Marcel.

—Iros a Tebessa y esperarme a mí. Yo iré en cuanto pueda. Probablemente será mañana por la tarde o de noche.

—¿A Tebessa? —preguntó Giuseppe—. ¿Qué se nos ha perdido en Tebessa?

—¿Es que no os dais cuenta? Está en la región montañosa. Allí será difícil que nos pesquen. Pero por lo que más queráis, continuad disfrazados y no os expongáis a qué os vean la cara.

Hubo un silencio entre los tres compañeros.

—No me gusta, Tim —opinó Giuseppe—. ¿Qué jaleo te traes entre manos?

—¿Y te atreves a preguntármelo? Estaba tratando de salvar el pellejo y ahora pretendo hacer lo mismo con los vuestros. Siempre os habéis confiado a mí, ¿no? ¿Qué queja podéis tener hasta el presente?

Hizo una pausa y viendo que ninguno de los dos replicaba, añadió:

—Magnífico. Sabía que estaríais conmigo. Recordadlo. Nos veremos en Tebessa mañana.

Tim se levantó y estrechó las manos de sus amigos, los cuales no mostraban en sus caras un convencimiento absoluto respecto a lo que acababan de oír.

Pero Adams no les dio tiempo a hacer nuevas objeciones porque,

sin acabar el desayuno, pagó al mozo su importe y abandonó el café.

Ya en la calle soltó un juramento para sus adentros preguntándose porqué se le habían de complicar a él siempre las cosas.

Vio a Marie esperándole y se dijo que debía olvidar las preocupaciones pasando un buen rato con la hermosa joven. Al anochecer entraría en funciones, desempeñando el trabajo que había de confiarle Steve, y estaba seguro de que, con ello, se jugaría el tipo.

CAPÍTULO VIII

Eran las dos de la madrugada. Hacía media hora que habían arribado los tres camiones a Thala. No llegaron a entrar en la población, sino que se quedaron en una casa de las afueras, en cuya sala se encontraban ahora todos los componentes de la expedición, excepto Steve.

Allí estaban Tim, Borki, Luigi y dos hombres más que el americano había tenido oportunidad de conocer antes de salir de Tustán. Uno era argelino, de rostro cetrino y enjuto, y respondía al nombre de Ben Smahil, el otro, un francés al que apodaban «Cuatro Dedos», por faltarle el pulgar de la mano izquierda.

Borki había sacado una botella de *whisky* y otra de ginebra, más los vasos correspondientes, de una alacena y todos bebían y fumaban, llenando la atmósfera del humo de los cigarrillos.

Ben Smahil se levantó, y fue a echar una ojeada por la ventana.

—¿Qué te pasa? —inquirió Borki—. ¿Es que te has puesto nervioso?

El argelino sonrió sarcásticamente, replicando:

—¿Quién de vosotros no lo está? No me gusta la determinación de Steve.

—¿Por qué no?

—Lo de esta noche se podía haber dejado para mañana o pasado. La luna está en menguante, pero no hay una sola nube en el cielo. Se ve demasiado claro.

—¿Y quién ha de vernos? —retrucó Borki—. Sabemos lo que nos llevamos entre manos. Pasaremos igual que antes lo hemos hecho un centenar de veces.

—¿Sí? ¿Y lo de Sam? También él había pasado la frontera más veces que ninguno de nosotros y cayó.

—Fue un caso de mala suerte.

—Nosotros también podemos tenerla de espaldas si no tomamos precauciones. Sam no hubiese permitido trabajar en una noche como esta.

—¿De veras, Smahil?

Quien había hecho la pregunta era el propio Steve, que acababa de entrar subrepticamente en la estancia.

El argelino desvió su mirada hacia el jefe de la banda e hinchó los pulmones como si tratase de cobrar ánimos, replicando:

—Estaba diciendo a estos que hay demasiada claridad. Si nos descubren, lo vamos a pasar mal.

Steve sonrió aviesamente acercándose a Ben Smahil mientras decía:

—Y también les estabas contando que Sam Power habría demorado el trabajo.

—Pues sí... Eso estaba diciendo.

—Echas de menos a Sam, ¿verdad?

—Era un buen jefe. Todos lo sabemos.

El puño de Steve rasgó el aire y estrellóse contra la mandíbula del argelino, el cual se derrumbó golpeándose la cabeza en la pared.

—¡Estúpido! —exclamó Steve poseído de intensa rabia—. ¡Yo te voy a enseñar a comportarte!

El argelino se incorporó restañándose con la mano la sangre que le corría por la comisura de los labios.

—¡Ahora el jefe soy yo! —gritó su agresor—. ¡El único que da aquí órdenes!

Ben Smahil hizo un movimiento de conformidad.

—De acuerdo —declaró—. Pero quizá te convenga recordar algo. Sam Power siempre fue obedecido y jamás pegó a ninguno de sus hombres.

Steve palideció y por unos instantes su rostro adquirió la dureza del granito. Cuando movió los labios, dijo arrastrando las palabras:

—Métete esto bien en la cabeza... Si vuelvo a oírte repetir el nombre de Sam Power, te juro que te llenaré la barriga de agujeros.

Hubo un impresionante silencio en la habitación y Ben Smahil, tras unos segundos de vacilación, bajó la mirada al suelo.

Tim, terminado el incidente, preguntó:

—¿Cuándo volvemos a Argelia?

—Saldremos dentro de unos minutos —respondió Steve—. ¡Borki!

—¿Qué hay, jefe? —inquirió el aludido.

—Sírreme un trago de *whisky*.

Cuando hubo bebido un sorbo del vaso que le tendió Borki, dirigió una mirada retrospectiva a sus hombres y anunció:

—Atención, muchachos. El convoy marchará en la siguiente forma. En el primer camión viajaremos Borki y yo. En el segundo Luigi y «Cuatro Dedos» y en el último, Adams y Ben Smahil. Desde aquí nos dirigiremos hacia la carretera que va a Morsott pero al cruzar por la de Tebessa nos dividiremos. El primero y segundo camión irán a Tebessa y el tercero hacia la frontera por el Norte.

—¿Por qué unos por un lado y otros por Morsott? —saltó de

pronto Ben Smahil.

Steve lo miró con ojos relampagueantes.

—Lo quieres saber, ¿no? Está bien, te lo explicaré. La mercancía tiene dos destinos diferentes. La carga del tercer camión ha de entregarse tres millas antes de llegar a Morsott. Los papeles están en regla. Lleváis naranjas y patatas en la parte de arriba y metralletas y municiones en los compartimientos secretos. Las armas del primero y segundo camión van consignadas a Tebessa. ¿Lo has entendido?

Ben Smahil miró a Adams y luego objetó.

—El americano es nuevo. Lo lógico es que él viajase en uno de los otros dos camiones. Así estará más protegido.

—Creo que me estás poniendo demasiadas dificultades —dijo Steve— y eso no es bueno para la salud.

Tim pensó que, aunque le hubiese gustado hacer el viaje en compañía de Steve, no estaba en sus manos elegir, y por lo tanto debía conformarse en el puesto que le asignasen. Además, el viaje con Ben Smahil le sería beneficioso, ya que el argelino no estaba conforme con su jefe. Por ello dijo:

—Creo que cualquier puesto es bueno para empezar. No tengo ningún inconveniente en ir contigo en un camión solitario, Ben Smahil.

Steve sonrió y tras beber otro sorbo de *whisky* dijo al argelino:

—Ya lo has oído. A ver si resulta que lo que tienes es miedo...

—Tú sabes que no es eso.

—Bien, ya hemos hablado bastante... Los camiones han sido cargados. Cada uno a su puesto.

—¿Dónde hemos de entregar las armas y qué hemos de hacer después? —preguntó Adams.

Steve sacó del bolsillo de la chaqueta un abultado sobre azul y se lo alargó a Tim, diciendo:

—Ahí tenéis las instrucciones y toda la documentación necesaria para amparar la mercancía. Igualmente, se os dice a dónde debéis dirigiros, una vez os hayáis desprendido de las armas.

Steve tendió la mano a Adams y luego cambió otro apretón con el argelino, diciendo:

—Buena suerte, muchachos.

Inmediatamente fueron saliendo uno a uno de la casa, dirigiéndose a la parte trasera de la misma, en donde se hallaban los camiones.

Como había dicho Ben Smahil, no era una noche muy oscura. Él y Tim se acercaron al tercer camión y Adams preguntó:

—¿Quién se pone al volante?

—Si te parece bien, tú haces la ruta de Túnez y yo la de Argelia.

—De acuerdo.

Subieron a la cabina y Tim se preparó para arrancar cuando lo hiciera el camión que tenía delante.

—Faros apagados —le advirtió Ben Smahil.

Poco después el convoy se ponía en marcha. La carretera estaba en buen estado y los vehículos alcanzaron pronto una media de setenta.

Durante los diez primeros minutos ninguno de los dos viajeros del tercer camión pronunció palabra alguna, pero Tim adivinaba por los movimientos nerviosos de Ben Smahil que este quería decirle algo y él le dio oportunidad para que hablase, preguntándole:

—Te gustaba más cuando mandaba Sam Power, ¿verdad, Smahil?

—Desde luego. El jamás hubiese trabajado en una noche como esta.

Adams creyó que le iba a hablar nuevamente sobre la claridad reinante, pero no fue así.

—Sam jamás dividió una de sus expediciones —prosiguió el argelino—. Se las arreglaba para cruzar siempre la frontera por un punto desguarnecido. Llevábamos salvoconductos y demás documentación, pero nunca nos hizo falta enseñarlos porque jamás nos detuvieron.

—¿Cómo se explica entonces que Steve haya cambiado el plan de operaciones?

—Creo que tengo una idea al respecto.

—¿De qué se trata?

Ben Smahil miró recelosamente a su compañero, diciendo:

—Tú eres nuevo aquí. Es conveniente que no sepas ciertas cosas.

Adams sonrió, prestando atención a la luz piloto del camión que iba delante.

—Está bien. Como quieras —dijo—. Si quieres podemos echar una cremallera a la boca hasta que llegemos a nuestro destino.

Al cabo de quince minutos, Ben Smahil no pudo resistir la prolongada pausa y murmuró:

—Steve sería capaz de jugárnosla.

—¿A qué te refieres? —preguntó Tim.

El argelino tardó un rato en responder y cuando lo hizo parecía como si hablase consigo mismo.

—Eso explicaría por qué quiere que nuestro camión no siga a los

de ellos.

—Oye, muchacho —repuso Tim pacientemente—. No me gusta meterme en la vida de los demás ni tampoco que nadie se meta en la mía. Tú, creo que no tienes en cuenta este principio y te has llenado la cabeza de fantasías.

—No son fantasías. ¿Lo es la trampa que le tendieron a Sam?

Era la segunda vez que Adams oía aquella sugerencia respecto a la muerte del antecesor de Steve.

—¿Qué trampa? —inquirió—. Por lo que me han contado, Sam tropezó casualmente con los fronterizos.

—¡Y un cuerno! Sam los tenía en el bolsillo. Ellos eran quienes le rehuían a él. Ese era su secreto.

—Pero al fin debieron de cansarse de Sam y decidieron eliminarlo.

—Quien se debió cansar no fue un gendarme, ni siquiera un oficial de la policía fronteriza...

—Veo a dónde diriges tus sospechas. Tú crees que Steve Robinson fue quien decidió acabar con su propio jefe para usurparle el puesto y las ganancias.

—Pues ya que lo dices, es cierto. Apostaría mi vida a que Steve fue quien le preparó la encerrona a Sam.

—Bueno, al fin y al cabo, ¿qué importa eso? ¿Qué más da obedecer las órdenes de uno que las del otro? ¿No cobrabas lo mismo con Sam que con Steve? ¿No haces el mismo trabajo?

El camión que iba delante empezó a aminorar la marcha.

—¿Qué ocurre? —inquirió Tim—. Creo que van a detenerse.

—Solo lo parece —replicó Smahil—. Estamos llegando a la bifurcación. Ya puedes decirles adiós a esos ventajistas.

En aquel momento el vehículo que iba delante dobló hacia la izquierda, siguiendo por una carretera en tan buen estado como por la que hasta entonces habían corrido.

—¿Qué estás esperando, Adams? —dijo Ben Smahil—. Dobla hacia la derecha o nos vamos a la cuneta.

Tim viró bruscamente en la dirección indicada. El camión se bamboleó al entrar en un camino lleno de baches. Frenó y se detuvo.

—¿Por qué te paras? —preguntó el argelino.

—Esperemos a que se pierda en la distancia el ruido de los motores de los otros dos coches. Así será más emocionante.

—Creo que tampoco tú estás bien de la cabeza.

Al cabo de un rato un silencio profundo y ominoso los envolvía.

—Bien —dijo Tim—, ya podemos seguir.

Pisó el embrague y el vehículo se puso en movimiento emitiendo siniestros crujidos.

—¡Maldita carretera! —exclamó el argelino saltando del asiento—. Por aquí quisiera yo ver a Steve.

Tim no hizo caso y empezó a silbar «Tiempo Borrascoso».

—Eres de los optimistas, ¿eh, Adams?

—¿Qué motivos, hay para no serlo? La vida me sonríe, muchacho. Steve me largó cincuenta mil francos adelantados antes de que saliésemos de Tustán.

—Puede que no cobres más.

—Tonterías tuyas. Cobraré cincuenta mil más, luego otros cincuenta mil y así sucesivamente... ¿Sabes lo que pienso hacer? Compraré unos pendientes que vi el otro día en Bona. Apuesto a que mi chica se vuelve loca. Estoy viendo la cara que pondrá cuando se los ponga ante los ojos...

El camión se bamboleó al pasar la rueda delantera por un enorme hoyo.

—¿Por qué no te fijas más en el camino? —rezongó Smahil.

—Yo no lo mandé hacer y es mejor que continúe al volante. Te ha puesto demasiado nervioso esta historia de Steve.

—Te digo que eso es un engaño.

Tim soltó una risita. Le estaba costando un gran esfuerzo y quizá una trascendental pérdida de tiempo el sonsacar al argelino, pero ahora creía firmemente que estaba a punto de conseguirlo.

—Apuesto a que dentro de poco me dirás que has visto a un gendarme a un lado del camino.

—¡Lo veremos los dos!... ¡Pero serán más de uno!

Adams volvió a reír.

—Es lástima que no llevemos un camastro ahí dentro. Necesitas dormir, Smahil, y tampoco te sentaría vial una botella de bromuro.

—¡Ya está bien! ¡Déjame en paz!

—¿Por qué no abres de una vez la espita, muchacho?

—Prefiero que lo compruebes por tú propia cuenta.

Tim soltó una maldición para sus adentros y estuvo a punto de detener el camión y arrancarle las palabras a Smahil a puñetazos.

En aquel momento el argelino sacó un cigarrillo de un paquete y encendió.

—¡Apaga eso condenado! —exclamó Tim—. ¿Es que quieres que nos descubran?

—Ya da lo mismo. Estamos metidos en la ratonera.

Tim pisó nuevamente los frenos y arrancó de un manotazo el cigarrillo de los labios de su compañero.

La punta encendida chocó contra el techo de la cabina y un centenar de chispas cayeron sobre las cabezas y cuerpos de los dos viajeros.

Smahil se echó hacia la portezuela de su lado al tiempo que introducía la mano en el bolsillo interior de la chaqueta.

Antes de que Adams se le pudiese echar encima, sacó una pistola y le apuntó con ella a la frente.

—¡Cerdo! ¡Te voy a levantar la tapa de los sesos!

Tim se quedó inmóvil y al cabo de un rato dijo:

—Tú has empezado esto, Smahil.

—¡Me has pegado!

—Te he quitado solamente el cigarrillo para que no dieras nuestra posición. Si ha ocurrido lo que tú dices, debemos extremar nuestras precauciones. ¿O es que quieres darte por vencido antes de tiempo? Valdrá la pena salir de esta para arreglar las cuentas con Steve...

El argelino miró a su interlocutor en actitud pensativa y luego respondió:

—Quizá tengas razón. Sería un bonito negocio que lográsemos pasar y que mañana nos reuniéramos con Steve en Tebessa. Anda, sigue adelante.

—Guarda la pistola.

—La llevaré en la mano. Estamos llegando al territorio vigilado por la policía fronteriza.

Tim observó la sonrisa que dibujaban los labios de Smahil y pensó que se había salvado por el momento. Puso en marcha el camión y continuó silbando. Transcurridos otros diez minutos, el argelino dijo:

—Ve a setenta.

Subieron una pequeña cuesta y cuando comenzó el descenso, Smahil gritó:

—¡Métele los cien!

—Por aquí es peligroso. Si nos encontramos con una curva, vamos a parar al fondo del barranco.

Súbitamente se encendió un foco en una ladera, a unas cien yardas de donde se encontraban, proyectando un haz de luz sobre la carretera.

Tim vio a lo lejos, en el círculo luminoso, dos hombres de uniforme pistola en mano. En la cuneta de la derecha había un «jeep».

—¡Están ahí! —exclamó histéricamente Smahil—. ¡Esa es la prueba! ¡Steve nos ha engañado!

—¡No te preocupes! Nos detendremos y les enseñaremos el salvoconducto —contestó Adams disminuyendo la velocidad del camión.

—¡No nos servirá! ¡Les debe de haber dado el soplo! ¡Darán con las armas enseguida!

Tim volvió la cabeza bruscamente hacia su compañero.

—¡Guarda esa pistola! —le conminó con voz ronca.

—¡Pisa el acelerador, Adams! —replicó el otro con fiereza.

—¡Te digo que tires la pistola!

El camión se iba acercando poco a poco al lugar en que se hallaban los soldados.

El argelino apretó los dientes rabiosamente y con ojos relampagueantes de ira, gritó:

—¡Pisa el acelerador, Adams! ¡O te meto una bala en el corazón ahora mismo!

Tim vio reflejado en el rostro del argelino el deseo de matar. Comprendió que si detenía el camión, su acompañante cumpliría la amenaza.

Los gendarmes, al observar que el vehículo iba aminorando poco a poco la velocidad, habían abandonado su actitud expectante y disponíanse a efectuar la inspección correspondiente.

Entonces Adams hundió el pie en el embrague y el camión, tras emitir un rugido como una bestia herida, salió disparado hacia adelante.

Smahil lanzó una carcajada y al pasar junto a los gendarmes disparó sobre el de la izquierda. La bala destrozó el cristal de la ventanilla y alcanzó al de uniforme, lanzándolo hacia atrás.

—¿Qué has hecho, imbécil? —exclamó Tim dándose cuenta de lo que había ocurrido.

—¡Vamos, Adams, dé prisa o te ocurrirá a ti lo mismo! —dijo el argelino apuntándole con el arma.

El foco se movió rápidamente persiguiendo con su haz al camión que intentaba escapar. Sonaron uno, dos, tres estampidos. Se había iniciado la caza.

—¡Más aprisa, Adams! ¡Ahí tenemos la curva!... ¡Unas cuantas yardas más y escaparemos a esa maldita luz!

Tim, con el cerebro embotado momentáneamente, dejó que su instinto de conservación prevaleciese sobre todo lo demás y sacó el máximo partido del camión que conducía. Pero antes de que llegasen a la curva, sonó una descarga cerrada e instantáneamente el argelino lanzó un aullido de dolor al tiempo que se doblaba hacia delante.

Tim le dirigió una mirada rápida observando que una bala le había hecho un agujero en la espalda, cerca de la columna vertebral, del que empezaba a macar sangre en abundancia.

El vehículo dobló la curva, dejando atrás el círculo de luz, y sumergiéndose en la oscuridad sin dejar de rugir.

CAPÍTULO IX

Smahil ladeó la cabeza mirando a Adams.

—Me han matado, muchacho.

—¿A dónde te puedo llevar para que te curen?

—No es necesario, este es el final... Nos han cazado.

—Todavía no. Esta es una buena carretera y el camión responde. No nos podrán coger, Smahil.

—Sigues siendo optimista... pero ahora no te vale... Avisarán a todos los puestos de la frontera. Sé cómo lo hacen. Van clavando banderitas en un mapa cuando terminan de hacerlo quiere decir que estamos cercados... que no habrá escapatoria para nosotros. Acudirán de todas partes como moscas... Era lo que quería Steve. El tendrá el camino libre.

—No dejaremos que se salga con la suya. Mañana estaremos en Tebessa con él.

A lo lejos, a unas cuantas millas de distancia se encendió una luz.

—¿Qué es aquello? —preguntó Adams.

—Ya lo han comunicado. Nos estarán esperando en todos los sitios... ¡Ese canalla de Steve!

—¿Pero por qué ha hecho eso? —dijo Tim—. No lo entiendo.

—Es sencillo. El lleva en su camión una mercancía especial: un hombre.

El corazón de Tim latió más aprisa. Desde que supo que la banda operaba en Thala, había tenido serio interés en continuar con ellos. Sabía que estaba sobre una buena pista, y, con los antecedentes que le había dado Marie sobre el difunto Sam Power, había llegado a la conclusión de que aquel conglomerado de aventureros de distintas nacionalidades estaban siendo utilizados por los rebeldes argelinos como enlaces con el exterior. Era una organización bien montada por cuanto había conseguido incluso la colaboración de un oficial de la policía fronteriza.

Ahora debía conseguir que Smahil le diese más detalles y por ello preguntó:

—¿Para qué demonios lleva Steve ese hombre en su camión?

El argelino se echó hacia atrás, respirando hondamente.

—Es un enviado especial para los rebeldes. Lleva órdenes que han de ser cumplidas... Todas las escaramuzas que han tenido lugar

estos últimos días al Norte han sido para que las tropas dejasen libre esta región. ¿No ves cómo lo han conseguido?... Solo han quedado los de frontera.

Tim no pudo por menos que pensar en el general Villeville. Había estado acertado en su hipótesis, pero lo malo de la cuestión era que él, Tim, había fallado. En aquellos momentos el enviado especial estaría cruzando la frontera y muy pronto se encontraría a salvo cerca del macizo de Aurès.

Miró al argelino. Estaba muriéndose poco a poco. Una laxitud manifiesta se había apoderado de su cuerpo.

—¡Escucha, Smahil!... ¿Me oyes?

El herido le miró con ojos inexpresivos.

—Tiene que haber una salida para esta trampa. Smahil. Anda, piensa un poco... Tú debes conocer este terreno palmo a palmo.

—No hay nada que hacer, Adams. Todos los caminos están bloqueados...

—Yo no hablo de caminos. Quizás haya algún terreno plano que esté abandonado.

—Solo hay montañas... El camión no puede subir por ellas.

De pronto se encendió otra luz hacia la izquierda, frente a la primera. Inmediatamente otra, un poco más abajo.

—Ya tengo la solución —dijo Tim—. Nos bajaremos del camión y pasaremos andando.

Smahil sonrió con amargura, diciendo:

—Tendríamos que ser dos pájaros para poder remontar las alturas...

Por una carretera que serpenteaba por la montaña, Tim vio dos focos que corrían rápidamente. Era un *jeep* que les venía al encuentro.

—Dime, Smahil; ¿dónde ha de entregar Steve al enviado especial?

—En una casa situada a tres millas antes de llegar a Tebessa...

Smahil se estremeció y una espuma rosada apareció en sus labios. La bala debía de haberle tocado un pulmón.

—Adams... —murmuró quedamente.

—¿Qué quieres, Smahil?

—Hay una solución.

Tim lo miró, sintiendo renacer la esperanza.

—¿Cuál es?

—Detén el coche y entrégate... Te pondrán diez años, pero... dentro de cinco estarás en la calle.

Tim se mordió el labio inferior. Aquel consejo no servía de nada.

—Cuando cumplas la condena... métele de mi parte una bala en el corazón a Steve...

Luego de pronunciar estas palabras, el argelino dio un ronquido, desorbitó los ojos y se derrumbó sobre la portezuela de su lado.

—¡Smahil! —lo llamó Tim.

Pero ya no podía oírle: había muerto.

Dejó correr el camión a la misma velocidad durante otro par de minutos mientras en su cerebro danzaban las ideas. De repente creyó dar con la que buscaba.

A pesar de que con la claridad reinante podía ver bien la carretera, encendió los faros. Era tal como había dicho Smahil. Viajaban por una región montañosa en la que el vehículo no podía hacer más que seguir por la pista sin salirse de ella, ya que en el instante en que intentase buscar otra ruta, se despeñaría por cualquier abismo.

Vio a lo lejos una curva y apretó más la velocidad.

En aquellos instantes el camión debía de ser observado desde los cinco lugares de la montaña en que brillaba una luz.

A medida que se iba acercando a la curva se fue corriendo hacia la derecha.

De pronto, cuando tenía ya la curva encima, pisó los frenos.

El camión crujió desde los neumáticos hasta la techumbre como si fuese a saltar en pedazos. Tim hizo girar el volante con la mano izquierda e inmediatamente con la otra abrió la portezuela y saltó.

Cayó al suelo encogido y rebotó tres veces, dando vueltas, hasta quedar en la cuneta semiinconsciente.

A sus oídos llegó un terrible fragor. Levantó la mirada para contemplar cómo el camión se precipitaba en el abismo estrellándose contra las rocas del fondo. El motor hizo explosión y se encendió la gasolina.

Un *jeep* se acercaba por la carretera a gran velocidad. Tim se arrastró hasta lograr llegar a unas piedras, tras las que se guareció. Allí se tocó el cuerpo, cerciorándose de que no había sufrido ninguna herida de consideración. Tan solo tenía alguna excoriación y una pequeña grieta junto a una ceja, de la que empezaba a manar sangre. Apretó el pañuelo contra ella mientras observaba que el *jeep* se detenía en la curva. Tres hombres saltaron de él y asomáronse rápidamente al precipicio en cuyo fondo ardía el camión.

Tim pensó que había llegado el momento de escapar. Agachado, silenciosamente, cruzó la carretera en un instante y ganó la otra parte. Empezó a trepar por la montaña siguiendo una línea oblicua al lugar en que se encontraban los policías de frontera. Al cabo de

media hora había dejado atrás aquel escenario y se encontraba a solas en la noche y en una región que le era desconocida. Pero tenía una base de orientación. Una de las luces que continuaba encendida en la parte superior. Varias veces estuvo a punto de caer y matarse cuando sus pies resbalaron sobre las piedras. Pero siempre pudo librarse de la muerte merced a su agilidad. Se cortó los dedos y rasgó una pernera del pantalón, más dos horas después de haber emprendido la ascensión, llegó a su meta.

Era un puesto fronterizo. Había una pequeña casa y a su lado una garita en la que prestaba servicio un policía. No se veía a nadie más. Probablemente los restantes componentes del puesto debían hallarse abajo, en el lugar del accidente.

De pronto dos focos iluminaron con luz potente el escenario y poco después un *jeep* hizo una maniobra y pasó junto a la casa deteniéndose en la parte de atrás. Se apagaron los focos y dos hombres se acercaron a la garita.

—No es asunto nuestro —oyó Tim que decía uno de los recién llegados—. Corresponde al puesto número siete, ¡Malditos contrabandistas! Nos han hecho perder tres horas de sueño.

Luego los dos que habían venido en el *jeep* se metieron en la casa y todo volvió a quedar envuelto en el silencio.

Tim esperó unos treinta minutos y luego cruzó la carretera, acercándose a la garita por la parte de atrás. Cuando estuvo junto a ella cogió una piedra y la tiró delante de la puerta. El policía que había dentro salió un poco sobresaltado, pero no tuvo tiempo de ver siquiera el rostro de quien lo atacaba porque Tim le golpeó rápidamente en la cabeza con la pistola del sargento Trance. Luego metió el cuerpo exánime en la garita y dirigióse hacia donde se hallaba el *jeep*.

Lo puso en marcha y salió a la carretera, escapando de allí a toda velocidad. Unas quince millas más allá dobló por una bifurcación a la izquierda pensando, sin lugar a duda, que aquel camino debía conducirle a Tebessa. Hacía solo una hora que había tomado posesión del *jeep* cuando, clareando el día, descubrió dos camiones que ascendían por la carretera que rodeaba la ladera de una montaña. Sus labios esbozaron una sonrisa. Estaban a unas seis millas de donde se encontraba y en poco tiempo lograría darles alcance.

Transcurrieron treinta minutos más cuando, después de dejar atrás una empinada cuesta, observó los vehículos detenidos junto a una casa, a una distancia de media milla.

Metió el *jeep* en la cuneta y saltó echando a correr hacia la casa.

No vio a nadie en los camiones. Steve y los demás debían de haber entrado en la casa para hacer un pequeño descanso. Entonces subió a la parte trasera del primer vehículo apretando la pistola con la mano derecha.

Se abrió paso entre los cajones y al fondo vio a un hombre que dormía sobre un colchón. Tranquilamente se puso a su lado y le aplicó el cañón a la frente.

El desconocido se despertó sobresaltado, pero al darse cuenta de lo que ocurría quedóse inmóvil contemplando a quién lo amenazaba.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Ya llegará el momento de las presentaciones —respondió Tim—. Ahora va a estarse quietecito durante un buen rato o de lo contrario lo va a pasar mal.

El enviado especial de los rebeldes hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

En aquel instante Adams oyó la voz de Steve:

—¡Vamos! ¡A los camiones! Ya habéis tenido bastante con un trago.

Poco después los vehículos se ponían en movimiento y Tim daba un suspiro de satisfacción.



*El puño de Steve rasgó el aire y estrellóse contra la
mandíbula del argelino*

CAPÍTULO X

El camión se detuvo y Tim se puso un dedo en los labios indicando a su prisionero que guardase silencio, gesto que acompañó con otro más, significativo de la mano que esgrimía la pistola.

A sus oídos llegó la voz de Luigi, quien saltó de la cabina, exclamando:

—¡Da gusto encontrarse en casa! No podrán decir lo mismo Smahil y ese Adams. ¿Qué crees que les puede haber pasado, Borki?

—Apuesto a que han dejado de preocuparse.

—¡Eh, muchachos! —intervino en aquel instante Steve—; Decidle al enviado especial que ya puede bajar. Acompañadle adentro. Yo voy a echar un trago.

—Déjame, Borki —dijo Luigi—; yo despejaré la salida del camión.

Tim vio cómo unas manos empezaban a quitar cajones dejándolos en el suelo. Se separó un poco del enviado especial para mantenerlo a raya.

Luigi dio un salto y subióse arriba, pero quedó agachado sobre cuatro patas, en una actitud simiesca, al contemplar la pistola que le apuntaba a un punco concreto de su cabeza, exactamente entre las cejas.

—¡Adams! —susurró tragando saliva.

—Silencio, gordinflón, o te la ganas —dijo Tim.

Tim le señaló al enviado para que continuase la comedia y el contrabandista comprendió enseguida, porque dijo:

—Ya hemos llegado, señor Seddik... Puede bajar.

Primero descendió Seddik, luego Luigi y por último lo hizo Tim.

Borki y «Cuatro Dedos» se quedaron inmóviles como estatuas al ver al hombre que daban por muerto.

—Yo también soy feliz por haber llegado a nuestro destino —dijo Tim con una sonrisa—. Vamos, muchachos, en procesión hacia adentro, y al que se desmande le repujo la piel.

El jefe de la pandilla bebía un sorbo de *whisky* del vaso que sostenía en la mano y estuvo a punto de atragantarse cuando descubrió a Adams detrás de los cuatro hombres que únicamente esperaba.

—¿Qué tal, Steve? —saludó Tim.

El aludido invirtió muy pocos segundos en reaccionar.

—¡Caramba, Adams! Empezábamos a temer que os hubiera ocurrido algo.

Seddik, Luigi, «Cuatro Dedos» y Borki se pusieron a un lado de la habitación, Steve quedó frente a ellos y Tim se situó junto a la puerta, la cual cerró de un empujón, replicando:

—¿Por qué esa preocupación por Smahil y por mí? Nuestros camiones tenían un destino diferente.

Robinson demostró poseer una rapidez mental poco común al replicar:

—Nos enteramos al cruzar el puesto fronterizo. Solo quedaban allí un par de amigos nuestros. Los otros se habían largado para ayudar a dar caza a un camión tripulado por dos hombres. No dudamos que erais vosotros y que no habíais tenido suerte.

—Y apostado a que el corazón se te enterneció —dijo Tim con una mueca.

—¿Por qué no había de sentirlo? Al fin y al cabo, tú y Smahil sois dos de mis hombres.

—Smahil ya no lo es.

—¿Qué quieres sugerir?

—Murió al recibir un pildorazo.

—Lo siento —dijo Steve y bajó durante unos instantes la mirada al suelo, pero de pronto la levantó diciendo—: En fin, nuestra profesión tiene esos gajes. Un día le tocó a Sam Power, ahora a Smahil... Esperemos que la fortuna nos siga sonriendo a nosotros.

—Para ti ya ha dejado de sonreír, Steve —dijo Tim con voz grave.

—No lo creas. Tengo cuerda para rato. ¿Quieres guardar de una vez la pistola? Me estás poniendo nervioso.

—¿De veras? Pues ahora te vas a poner más aún. Este negocio ha terminado para ti, Steve. Sé perfectamente que a Smahil y a mí nos mandaste por la otra carretera para que te sacásemos las castañas del fuego.

—¿Por qué había de hacerlo?

—En primer lugar, porque Smahil empezaba a ser una carga para ti, y en segundo término porque probablemente no te fiarías mucho de que esta noche lograsedis pasar la frontera. Estaríais de acuerdo con el jefe del puesto y este te exigiría que le quitases gente utilizando cualquier estratagema. Así vuestro paso no tendría dificultad alguna.

—¡Estás loco, Adams! Smahil te ha debido llenar la cabeza de tonterías.

—La mayor de todas ellas fue una que tiene mucha gracia. Me

dijo que llevabas en el camión una mercancía poco corriente. Un hombre.

—Solo a ese idiota se le podía ocurrir una barbaridad semejante.

—Ya está bien, Steve. Smahil acertó. No me iras a decir que Seddik ha viajado en la forma que lo ha hecho por puro recreo.

—Es el hombre que se queda con las naranjas y las cebollas.

—Estupendo. Si es así, Seddik no se debe preocupar por nada. Me lo voy a llevar con sus naranjas y sus cebollas.

—¡No harás eso! Me estás cansando, Adams.

Tim sonrió levemente y miró al hombre de quien hablaban, diciendo:

—Ya lo ha oído, Seddik. Eche a andar y salga de esta casa. Siga portándose bien y recibirá su premio.

Steve echó mano al bolsillo interior de su chaqueta y empezó a sacar una pistola, pero antes de que pudiese hacer uso de ello, Tim apretó el gatillo de la suya y sonó un estampido.

El jefe de la banda recibió el impacto en el estómago y se arrugó, desplomándose en el suelo.

—¿Alguno de vosotros tiene algo que objetar?—; preguntó Tim dirigiéndose a los tres contrabandistas, y como ninguno de ellos se acogiese a la oportunidad añadió—: Es mejor que permanezcáis aquí un buen rato y luego os larguéis.

Seddik se había asustado al oír el disparo y se encontraba al lado de Tim mirando el cadáver de Steve.

Adams sacó la llave que había puesta en la cerradura, abrió la puerta e indicó a Seddik que saliese haciéndolo él a continuación. Inmediatamente se puso de lado, protegiéndose contra la pared, por si acaso los de dentro disparaban a través de la madera, y cerró la puerta con llave.

—¡Vamos, aprisa! ¡Suba a la cabina del primer camión!

El argelino obedeció sin pestañear.

Ya fuera del jardín, Tim disparó contra los neumáticos delanteros del segundo camión agujereando las cámaras. Luego se puso al volante del vehículo que quedaba indemne y pisó el acelerador, alejándolo de aquellos lugares.

Era evidente que el enviado especial no era un guerrero, sino un político, como lo reflejaba el hecho de que hasta aquel instante no había intentado oponerse a las órdenes que le habían sido dadas.

—¿De qué parte está, señor Adams?—preguntó.

—Le voy a confiar una cosa, Seddik. Tengo debilidad por la bandera de mi regimiento. La bandera francesa.

—¿Quiere decir que me va a entregar al ejército?

Tim se encogió de hombros mientras hacía aumentar la velocidad del camión.

Al doblar una curva descubrieron las primeras casas de Tebessa.

De pronto, Tim vio que un coche que venía en dirección contraria viraba bruscamente a la izquierda cruzándose en el camino. Apretó la culata de la pistola mientras aminoraba la marcha. Del vehículo que se había detenido saltaron a tierra un teniente y otros dos hombres de uniforme, los cuales hicieron señales para que se detuviese.

Adams frenó y abrió la portezuela. El teniente se adelantó hacia el hueco y pegó un taconazo, saludando militarmente.

—¿Soldado Tim Adams?

El joven ni afirmó ni negó y el otro dijo:

—Soy el teniente Jules Gide, del Servicio de información. Sustituyo al sargento Dasin, a quién usted debe entregar el enviado especial.

—¿Por qué lo sustituye usted? —inquirió Tim.

—El sargento Dasin se presentó esta mañana en nuestras oficinas en Tebessa. Anoche ingirió alimentos en mal estado y ha sido víctima de una infección. Tenía cuarenta de fiebre y, encontrándose en la imposibilidad de efectuar el servicio para el que había sido destacado, nos comunicó lo que de él se había requerido.

—Entendido, teniente. Ya solo falta que me explique dos cuestiones. ¿Cómo sabe que soy Adams y de qué medios se ha valido para enterarse de que yo venía por esta carretera en estos momentos?

El oficial sonrió:

—Veo que el general Villeville hizo bien en confiar en usted. Le responderé a sus preguntas. Sé que usted es Adams, y no le hubiera valido negarlo, porque el propio general Villeville remitió a nuestras oficinas una fotografía de usted; y respecto a la segunda cuestión, nos dirigíamos a la frontera en estos instantes para averiguar lo ocurrido a un camión que se precipitó por un barranco después de haber cruzado el puesto número siete. Al conductor le acompañaba otro viajero y en el reconocimiento de los restos del vehículo solo pudo ser encontrado un cadáver. Me dieron el informe esta madrugada y pensé que el superviviente podía ser usted y encontrarse en un apuro.

—Gracias, teniente. Ya ve que he salido de él, aun cuando no ha resultado fácil.

El oficial desvió sus ojos hacia el hombre que se encontraba a la

otra parte de la cabina.

—¿Y ese caballero que le acompaña?

—Es el hombre que necesita el general Villeville.

—Magnífico, Adams. Ha cumplido como los buenos. Si quiere, puede trasladarse con el prisionero a nuestro coche. Iremos a nuestras oficinas y telefonaremos desde allí al general Villeville sobre el gran éxito que acaba de conseguir. Allí tenemos también camas. Podrá usted descansar si lo necesita.

—Creo que es un plan bastante sugestivo, teniente. Vamos allá.

Adams y Seddik bajaron del camión dirigiéndose al coche cuya portezuela mantenía abierta un soldado. El otro ya había subido al camión. Poco después la caravana se ponía en movimiento hacia Tebessa.

El teniente, sentado junto al conductor del coche negro, comentó:

—Debe haber protagonizado usted una aventura interesante, Adams.

—No ha sido aburrido del todo. En cuanto lleguemos a la oficina, la dictaré a uno de sus mecanógrafos.

Minutos más tarde el automóvil se detenía y el oficial descendía de él, diciendo:

—Preparase a recibir honores, Adams. Ya hemos llegado.

El americano bajó y Seddik lo hizo por la otra portezuela custodiado por el conductor.

Tim echó una mirada a sus espaldas viendo cómo el camión se detenía en aquellos momentos detrás del coche. El teniente le indicó que le precediese en el camino a la casa que se encontraba a la izquierda, un edificio recién blanqueado y de buen aspecto. Cruzaron un pasillo de cemento, con setos de boj y árboles los lados, subieron una escalera y penetraron por una puerta que les condujo a un salón.

—La habitación de la derecha —señaló Gide.

Seddik y Tim penetraron en un despacho donde había una gran mesa, un sillón giratorio, un tresillo, un bar en un rincón y dos estanterías llenas de libros.

Tim se dejó caer en un sillón, diciendo:

—¿Sabes lo que más deseo en estos momentos, teniente Gide?... Echar un buen trago de *whisky*.

El oficial se dirigió hacia el bar, cogió un vaso y escancié en él de una botella. Luego volvióse y caminó con paso lento hacia donde Adams se encontraba. Este estiró el brazo para coger el vaso y de repente el oficial le arrojó el *whisky* a la cara.

Tim saltó, poniéndose en pie, pero ya no hizo ningún movimiento más porque el llamado Gide le estaba apuntando con una pistola.

—¿Qué significa esto, teniente?

El hombre a quién había dirigido la pregunta distendió los labios en una sonrisa jactanciosa.

—Significa que yo no soy el teniente Gide, ni pertenezco al Servicio de Información, ni jamás me he puesto en contacto con el general Villeville, ni, por tanto, el enviado especial será entregado en la forma que usted quería.

—Entonces, la historia del sargento Dasin no es cierta...

—Ahora le daré una respuesta.

El desconocido se acercó a la mesa y pulsó un botón.

Al poco tiempo se abrió una puerta y Tim pudo ver al sargento Dasin entre dos hombres. Lo reconoció más por el brillo de sus ojos que por sus rasgos fisonómicos, ya que su cara aparecía completamente llena de hematomas y heridas que debían haber dejado de sangrar hacía poco tiempo. Dio un paso hacia adelante, luego otro y se desplomó pesadamente en el suelo.

Tim se mordió el labio inferior contemplando al exánime sargento. En aquel momento olvidó cualquier pensamiento que se refiriera a los malos ratos que Dasin le había hecho pasar. Solo tenía en cuenta que ambos habían sido destacados para realizar un servicio y que Dasin había llevado la peor parte.

Sin apartar la vista del sargento, preguntó:

—¿Quién ha mandado hacerle esto?

—Yo —contestó la voz del supuesto teniente—, y creo que ya va siendo hora de que me presente a usted, Adams. Soy Sam Power.

Tim giró lentamente, clavando sus acerados ojos en el rostro de Power, el cual se había quitado la gorra de plato mientras él estaba de espaldas.

Vio unos cabellos rojizos y se dio cuenta entonces de que aquel hombre que lo había engañado poseía unos ojos azules, una nariz pecosa, una boca de labios gruesos y un lunar en el mentón.

—Yo le conozco por otro nombre, Sam.

—¿Por cuál?

—Por el de John Emerson.

CAPÍTULO XI

—Maravillosa conclusión —dijo Sam—. Pero yo creí que el primer nombre, el de Sam Power, le iba a impresionar a usted más. Regístralo, Jack.

Uno de los disfrazados de soldado quitó la pistola a Tim, mientras este replicaba.

—Nunca creí que Sam Power muriese a manos de la policía fronteriza. Cada paso que di en este asunto me convenció de que usted se había valido de una estratagema para engañar a alguien.

—Explíqueme sus argumentos. Deben ser interesantes.

—Marie me lo describió como una persona inteligente, audaz, temeraria y unas cuantas cosas más.

—Podía ser la opinión de una mujer enamorada.

—En sus palabras había convicción. Luego otros hechos vinieron a corroborar mis sospechas. Usted tenía bien montada su organización, hasta el punto de haber puesto de su parte a un capitán de la policía fronteriza. Según me contaron, usted había hecho muchos viajes de Argelia a Túnez y viceversa. ¿Por qué en un momento determinado se le venía abajo el tinglado cayendo usted mismo en una trampa?

—¿Por qué? Estos negocios tienen también sus fracasos.

—Me di cuenta de algo muy importante. Su cadáver no había aparecido.

—¿No le gustó el de Gounod? Se lo contó a Steve y no dudo de que este lo comunicaría al resto de la banda. Usted ya estaba con ellos.

—Precisamente la historia de Gounod fue la que me dio el último fundamento para mi tesis. ¿Cómo, si estando él herido, pudo darse cuenta de cómo moría usted? Me pareció pueril la escena de su figura recortada en el cielo muriendo acribillado por los policías, cayéndose, levantándose.

Hubo un silencio. El sargento Dasin empezó a incorporarse lentamente.

—Se cree muy listo, ¿verdad? —inquirió Sam.

—No debo serlo mucho cuando he terminado por caer en sus manos.

—Lo cual prueba que yo lo soy más que usted.

Seddik, el enviado especial, que hasta entonces había sido mudo

testigo de la escena que se desarrollaba ante sus ojos, dio unos pasos hacia Sam mientras afloraba a sus labios una sonrisa.

—Es un verdadero honor para mí conocerle, señor Power.

El pelirrojo hizo una teatral reverencia.

—Es usted el que me honra con su presencia, Ahmed Seddik.

—Ha demostrado ser muy listo al ganarle la mano a los del Servicio de Información. Pero ahora desearía regresar cuanto antes a la otra casa donde he de establecer contacto con mis amigos.

—Oh, sí —contestó sonriente Power—. El diálogo con el señor Adams me ha hecho olvidar que debía informarle a usted respecto a una pequeña modificación introducida en el plan primitivo.

—¿Una modificación? Debe estar equivocado, señor Power. Recibí instrucciones muy concretas sobre el lugar en que debía ser entregado por el difunto Steve Robinson.

—¿Difunto? —Sam se volvió de nuevo hacia Tim—. Creo que me ha quitado un placer, Adams. Ese trabajo lo quería para mí. No me había gustado lo que últimamente me contaron sobre las opiniones respecto a mí de mi querido amigo Steve.

Seddik carraspeó, diciendo con voz firme:

—Insisto, señor Power, en que me acompañe cualquiera de sus hombres a aquella casa.

—No sea usted tan impulsivo, Seddik —repuso Sam—. Yo también le repito que el contacto se va a establecer aquí.

Tim soltó una risita mirando al argelino.

—¿Es que todavía no lo ha comprendido, señor a Seddik? Power se ha traído entre manos un bonito juego del que usted y sus aliados van a ser las víctimas.

—¿Qué quiere decir?

Sam movió la cabeza, diciendo a Tim:

—Adelante, Adams. Le autorizo a que sea mi intérprete.

—De acuerdo —convino el soldado y volvió a dirigirse al enviado —: Sam era el jefe de una organización que ha ayudado a los rebeldes durante algún tiempo aprovisionándoles de armas e incluso llevándoles mensajes. Es lógico que por ese trabajo Power cobrase un buen pellizco. Pero de pronto le comunicaron que debía trasladar un enviado especial de Túnez a Argelia, exactamente a las inmediaciones del macizo de Aurès, y vio en ello su gran oportunidad. Dadas las condiciones en que la operación se iba a realizar, era lógico pensar que ese enviado especial tenía una importancia transcendental para los rebeldes. Sam acarició una idea que fue madurando poco a poco hasta llegar a la conclusión de que sería fácil ponerla en práctica. Secuestraría al enviado especial

y pediría un fuerte rescate por él precisamente a los hombres a quienes debía entregarlo.

El semblante de Seddik iba palideciendo conforme avanzaba Tim en su relato.

—Este secuestro tenía un pequeño inconveniente, aun cuando llegase a salir bien. Si Power daba la cara, se exponía a que el grupo de rebeldes integrado por fanáticos extremistas determinase su muerte, cosa que hubiese ocurrido, aunque Power hubiese escapado con el dinero a una isla del Mar del Sur. Él no podía resignarse a vivir el resto de su vida temiendo ser apuñalado a cualquier hora del día allá donde se encontrase. Entonces se le ocurrió la idea de morir. Ese fue su famoso encuentro con la policía fronteriza hace más o menos un mes. Naturalmente, tuvo que contar con unos cuantos colaboradores para llevar a cabo su plan, colaboradores que se encuentran aquí en estos momentos. Ellos fueron los que se vistieron de uniforme pasando por policías fronterizos y los que se cargaron a los componentes de que aquel convoy en que su jefe murió ficticiamente.

—Existe algo que se contradice con lo que usted cuenta —objetó Seddik—. Ahora el señor Power se ha hecho visible, es decir, no se ha mantenido fuera de la escena.

—Eso tiene una sencilla explicación. El plan de Power consistía en que sus sicarios se acercasen a la otra casa para liquidar a Steve y a los suyos y apoderarse de usted. Apuesto a que el mensaje pidiendo un rescate ha sido tramitado y que muy pronto los rebeldes enviarán a un hombre con el dinero que ha pedido por su vida. Pero, lo que obligó a Power a abandonar su primitiva idea fue el saber que un hombre comisionado por el general Villeville trataba de secuestrar igualmente a usted. Sam se apoderó del sargento Dasin, aquí presente, y dándole tormento consiguió saber cuánto necesitaba. De aquí que se haya visto obligado a resucitar por temor a que el negocio se le escapase de las manos.

Seddik se volvió bruscamente hacia Sam, preguntando:

—¿Es todo eso cierto, señor Power?

—El señor Adams solo merece plácemes por su sabrosa disertación. Efectivamente, está usted secuestrado. Pero creo que no por mucho tiempo. Sus amigos no tardarán en aparecer con el dinero que he pedido por su rescate.

—¿Cuánto? —preguntó Tim.

—He sido bastante comedido teniendo en cuenta que el señor Seddik debe llevar entre sus papeles un plan para una insurrección general. Diez millones de francos.

Seddik se mordió el labio inferior, pero no dijo nada.

Sam se dirigió a Adams diciéndole:

—Ahora estoy en disposición de invitarle a un vaso de *whisky*.

—No se lo desprecio.

Power hizo un gesto con la mano y poco después uno de sus hombres se acercó llevando dos vasos.

Los dos hombres que se enfrentaban bebieron el *whisky* a pequeños sorbos, contemplándose fijamente.

—¿Ha conseguido también a Clarisa? —preguntó Tim.

—¿Lo ha dudado usted algún instante?

—¿Dónde está?

—Aquí.

—No pretenderá que lo crea.

—Está bien, ahora la va a ver —Sam volvió la cabeza ordenando —: Avisa inmediatamente a la señorita Hopper, Jack.

Tim se acercó entretanto a Dasin.

—¿Cómo va eso, sargento?

—Estos tipos me echaron mano en cuanto llegué a Tebessa. Sabían que yo traía una misión que cumplir. Cerca del general Villeville debe de haber un traidor.

—No se preocupe. Al final todo saldrá bien.

Sam Power lanzó una carcajada.

—¿De veras lo cree así, Adams? Está a punto de caer el talón y ya nada les puede salvar.

En aquel instante una voz dijo detrás de ellos:

—¿Me llamabas, John?

Tim se estremeció como sacudido por una corriente eléctrica y giró sobre sus talones contemplando a Clarisa Hopper, la cual al reconocerlo a él agrandó los ojos.

—¡Tim Adams! —en sus labios floreció una sonrisa mientras añadía—: No sabe cuánto me alegra volverle a ver.

—Yo también me alegro de que haya encontrado al fin a John Emerson.

—No sabía que se conocían.

—Ya ve qué pequeño es el mundo... Por una de esas jugarretas del destino, resulta que juego un papel importante en los planes de su futuro marido, porque supongo que se van a casar.

—Así es.

Tim sonrió mientras dejaba el vaso sobre la mesa.

—¿Está ya contento, Adams? —preguntó Sam—. En tal caso le rogaré a Clarisa que nos deje solos para ultimar nuestro negocio.

—Queda por aclarar un detalle —dijo Tim, y se acercó a la joven

—: ¿No se ha vuelto a preguntar por qué aquel René Forssí, de Bona, quiso matarla?

La voz de Power dijo rápidamente:

—Será mejor que te marches ya, Clarisa.

—Espera un momento, John —respondió la muchacha y luego dijo a Tim—: ¿Tiene usted alguna respuesta para esa pregunta?

—Sí, Clarisa. El propio hombre con quien se va a casar fue quien envió a Forssí para que la matase.

Sam soltó otra carcajada.

—Es gracioso, ¿verdad, querida? Había oído hablar muchas cosas de Adams respecto a su fantasía y ahora nos pretende hacer una demostración de que cuanto se dice es verdad. Déjanos solos, Clarisa —repitió.

Los ojos de la joven miraron fijamente al rostro del soldado y luego observaron, uno a uno, a todos los hombres que había allí reunidos. Algo empezó a aclararse en su cerebro y preguntó:

—¿Por qué había de hacer eso John, señor Adams?

—La citó a usted en la «Taberna de Bona». Naturalmente, no pensaba matarla. Usted le gustaba. Pero por alguna razón, John, que había de esperarla a la puerta del establecimiento, para no ser visto y llevársela consigo, llegó tarde a la cita y usted penetró en el local y empezó a indagar dando las señas personales de John. Yo mismo, al hablar con usted, inconscientemente, la empujé a la muerte ya que debimos ser observados por el supuesto Emerson. Sam Power se había hecho pasar por muerto para secuestrar a un agente especial de los rebeldes y pedir rescate por él —Tim hizo una pausa y tras un fuerte carraspeo prosiguió—: Usted lo conoció en París a dónde se dirigió después de su presunta muerte para pasar unas semanas de holganza hasta que llegase el momento de recoger la cosecha. No creo que tuviese ni tenga intención de casarse con usted. Es un simple capricho, como lo prueba el hecho de que no vacilase en mandar a aquel asesino a su habitación para quitársela de encima por haber dado sus señas a un soldado de la Legión. Prefería diez millones de francos y la seguridad de disfrutarlos en paz a una mujer, por hermosa que fuese.

Clarisa se llevó una mano a la cabeza mientras en su rostro aparecía una expresión conturbada.

—No lo puedo creer... Es demasiado horrible.

—El sargento Dasin y yo —dijo Tim— fuimos encargados por el Servicio de Información para capturar al enviado especial que ve usted aquí. Los tres somos prisioneros de su John Emerson, es decir, de Sam Power.

La joven miró a Seddik, luego al sargento y finalmente a Sam, quien se mantenía erguido, con el rostro inexpresivo.

—¿Qué contesta, John?

El hombre a quién iba dirigida la pregunta continuó sin despegar los labios y tras otro minuto de silencio, la joven emitió un sollozo y salió corriendo de la habitación.

—¿Puedo beber otro trago de *whisky*? —preguntó jovialmente Tim—. Creo que la ocasión lo merece.

—Estese quieto dónde está y dé la vuelta, soldado.

Tim obedeció sabiendo lo que le esperaba.

Sam Power esgrimía una pistola en la mano derecha.

—Le voy a matar, Adams. Me ha creado demasiadas dificultades. Se la ha ganado en grande y aquí tiene el premio...

Power levantó unas pulgadas la pistola, pero en el momento en que iba a apretar el gatillo sonó el timbre de la puerta, y tras dudar unos instantes bajó el arma diciendo:

—Abre, Jack.

El aludido obedeció saliendo de la habitación, y poco después reapareció anunciando:

—Son dos representantes de los rebeldes que traen el dinero.

—Bien —sonrió Sam—; Suspendaremos por unos instantes la ejecución, Adams. Quiero que usted mismo sea testigo de mi éxito. Di a esos hombres que pasen:

Un minuto más tarde, dos «felaghas» penetraron en la habitación llevando el segundo de ellos una maleta. Uno era corpulento y el otro bajo. Hicieron una reverencia y Sam Power se acercó a ellos diciendo:

—Bienvenidos a mi casa, señores.

Ellos respondieron en árabe y entonces Tim tragó saliva al reconocer en los recién llegados a Giuseppe Monti y Marcel Philipe.

CAPÍTULO XII

Giuseppe dejó la maleta sobre una mesa al tiempo que decía:

—Aquí está el dinero del rescate.

Sam lo miró sonriente y dijo:

—No es que dude de vuestra palabra, pero siempre es conveniente revisar hasta el último detalle. Jack, abre la maleta y cuenta el dinero.

Jack abrió la maleta y lo que vio dentro lo dejó tan perplejo que tardó varios segundos en exclamar:

—¡Solo contiene ropa, señor Power!... ¡Si es la maleta de usted!

Instantáneamente Tim dio un salto y se arrojó encima de Sam. Los cuerpos entrechocaron y cayeron al suelo.

Giuseppe y Marcel se abalanzaron sobre los hombres que tenían más cerca y el sargento, que fue el último en reaccionar, puso la zancadilla al individuo que echó a correr para ayudar a sus compañeros.

La pelea se generalizó.

Tim aprisionó la muñeca de Sam y se la retorció con furia hasta obligarle a soltar el arma. Luego ambos rivales se enderezaron.

—¿Qué le decía yo, John Emerson? —dijo Tim con una sonrisa—. El final de todo esto va a ser bastante distinto al que esperaba.

—Eso lo vamos a ver ahora —contestó Sam haciendo rechinar los dientes de rabia.

Adams esperó su ataque. Bloqueó un izquierdazo y replicó con un terrible directo a la cara, que hizo tambalear a su enemigo, pero sin hacerle caer.

Una carcajada resonó en la estancia.

Era Giuseppe que, como un huracán, golpeaba sin piedad a dos cuervos que tenía arrinconados.

—¿Qué te parece esto, Tim? Hacía tiempo que no ejercitaba los músculos.

Y luego de esta frase fulminó a sus dos antagonistas de sendos puñetazos, marchando después en socorro del sargento Dasin que se encontraba en una posición difícil.

El enviado especial se había parapetado tras un sillón permaneciendo ajeno a la pelea.

Tim golpeó nuevamente a Power derrumbándole en tierra y entonces el jefe de la banda exhibió un cuchillo mientras escupía

sangre.

Adams lo dejó levantarse mirando atentamente la hoja de acero.

—Me figuraba que no te gustaría pelear en las mismas condiciones. Power.

—Te haré sentir haberte cruzado en mi camino. Adams.

Tim retrocedió lentamente mientras Sam avanzaba hacia él dispuesto a asestarle una cuchillada.

Las espaldas del soldado chocaron contra la pared. Sam sonrió aviesamente y dijo:

—Ahora no podrás escapar.

Se abalanzó sobre su presunta víctima y el brazo armado rasgó el aire.

Tim saltó a un lado y el golpe se perdió en el vacío.

Luego cayó sobre su agresor y para evitar qué utilizase la navaja contra él le sujetó nuevamente la muñeca. Ambos perdieron el equilibrio y cayeron al suelo. Power lanzó un aullido de dolor y dilató los ojos mientras en su rostro aparecía una expresión de pánico.

En la caída, la hoja de acero se había hundido en su estómago.

Tim púsose en pie contemplando al moribundo.

—Adams... —murmuró Power—. Usted... ha ganado.

Y luego exhaló el último suspiro.

Tim volvió la cabeza y dióse cuenta de que sus amigos eran dueños de la situación.

Giuseppe y Marcel se acercaron a su compañero riendo alegremente:

—¿Cómo habéis logrado entrometeros en esto? —preguntó Adams.

—Vimos a la señorita Hopper en las calles de Tebessa y la seguimos —contestó Giuseppe—. Ella nos trajo aquí. Nos pareció todo muy extraño. Decidimos esperar y le vimos apearse del coche. Nos gustó aún menos. Entonces decidimos meternos en la casa. Ya sabes la habilidad que tiene Marcel para descerrajar ventanas. Creo que ello tiene algo que ver con su enrolamiento en la Legión... El caso es que nos colamos en la habitación de al lado y estuvimos escuchando vuestra conversación. Teníamos que hacer algo y se nos ocurrió hacernos pasar por los tipos que traían el rescate, para lo cual cogimos una maleta de ahí mismo y salimos por la ventana. Bueno, eso es todo...

En aquel instante Clarisa corrió hacia donde se hallaban los tres soldados y se detuvo de pronto al ver al cadáver del hombre que había conocido con el nombre de John Emerson.

—Lo siento —dijo Tim—. Comprendo que habrá sido una amarga experiencia para usted.

Ella negó con la cabeza.

—Le debo mucho, Tim. Prefiero que todo se haya aclarado...

CAPÍTULO XIII

El sargento Dasin, con la cara cubierta de esparadrapos, y los soldados Tim Adams, Giuseppe Monti y Marcel Philipe se encontraban en posición de firmes en el despacho del capitán Laroche, el cual abrió la puerta y pegó un taconazo al tiempo que decía:

—A sus órdenes, mi general.

El general Villeville penetró en la estancia y detúvose frente al sargento y los tres soldados, autorizándoles a que bajasen la mano.

—Caballeros —empezó a decir Villeville tras un fuerte carraspeo—: Lo que han hecho ustedes por Francia quedará en el más riguroso secreto. Mi deseo sería recompensar a los cuatro con la más preciada de nuestras condecoraciones, pero dadas las características del servicio que han prestado, es imprescindible se guarde el más absoluto silencio. Ha de bastarles, pues, la satisfacción del deber cumplido. Solo puedo adelantarles que la documentación cogida al enviado especial ha dado un nuevo giro a la ofensiva de los rebeldes. En estos momentos el ejército francés está recogiendo el fruto de la labor de ustedes. Respecto a los acusados de colaboración con el enemigo, entre ellos el capitán Mollet y un hombre de mi departamento, recibirán el castigo de que se han hecho merecedores.

El general hizo una pausa y tras otro carraspeo prosiguió:

—Existe un segundo aspecto de la cuestión, en un terreno puramente militar, que tengo la obligación de aclararles. Usted, Adams, desertó siguiendo una orden, pero sus dos amigos lo hicieron infringiendo el reglamento. Naturalmente, yo solo estaba autorizado por el Alto Mando para la suya, Adams. No obstante, y dado que la intervención de Monti y Philipe ha sido tan eficaz, he conseguido que sus respectivas conductas sean juzgadas desde un mismo punto de vista. Mañana mismo serán trasladados de compañía y de sector. Según tengo entendido, les enviarán a Marruecos. Yo espero se porten bien durante las veinticuatro horas que les falta para salir de Bona.

—Sí, señor —dijeron al unísono Tim, Giuseppe y Marcel.

—Pueden retirarse —el general Villeville se llevó la mano a la frente y, saludando, añadió con una sonrisa—: Gracias, muchachos.

Cuando minutos más tarde los tres compañeros entraron en el

local de Gastón, Tim contempló asombrado a Clarisa Hopper y Marie Lembek sentadas a una mesa.

Se dirigió a dónde ellas estaban y, tras cambiar un saludo, presentó sus compañeros a Mario.

—¿Pero vosotras dos os conocíais? —preguntó Adams dirigiéndose a las dos jóvenes.

—Coincidimos a la llegada —explicó Clarisa— y las dos preguntamos a Gastón por ti. Entonces nos invitamos mutuamente y nos contamos nuestras aventuras respectivas, encontrándonos con la sorpresa de que en ambas el protagonista eras tú.

Giuseppe y Marcel hallaron la conversación poco interesante y se dirigieron al mostrador.

—Te extrañará verme, ¿verdad, Tim? —dijo Marie—. Pero el caso es que mañana embarco para Francia. Al día siguiente de marcharte tú, recibí una carta de un amigo. Ha conseguido que el profesor Waxman, el director de la Sinfónica me conceda una audición.

—¡Eso es magnífico! Estoy seguro de que triunfarás.

—Lo intentaré con todas mis fuerzas. Ahora creo que me he encontrado a mí misma después de enterarme de la clase de hombre que era Sam.

—¿Y tú, Clarisa?

—Pues no sé lo qué hacer. Abandoné el puesto que ocupaba en París en una compañía americana por venir a África y ahora será difícil que encuentre trabajo.

—Bueno, puedes quedarte aquí.

—¿Aquí? ¿Por qué? —preguntó ella.

—Dentro de tres meses termina mi período de enrolamiento y luego... Bueno, luego podemos hacer muchas cosas.

Los ojos de la joven brillaron mientras respondía:

—Creo que voy a aceptar tu propuesta.

En aquel instante sonó un chasquido y un hombre se derrumbó cerca del mostrador. Giuseppe y Marcel habían entablado una pelea con seis soldados.

—¡Eh, Tim! —gritó Giuseppe—. ¡Te necesitamos!

Adams cogió la cabeza de Clarisa por el cabello, la besó en los labios y cuando se separó, dijo:

—Perdona, querida; enseguida vuelvo.

Y acto seguido se dirigió a dónde sus amigos luchaban, incorporándose a la pelea.

Gastón, el dueño del establecimiento, gritaba despavorido:

—¡No, muchachos! ¡No me podéis hacer esto a mí!

De repente el sargento Dasin entró en el local y ordenó a voz en

grito:

—¡Fir... mes!

Todos obedecieron la orden y el sargento se dispuso a hablar. Pero antes de que pudiera hacerlo tres hombres se destacaron del grupo que había junto a mostrador y dirigiéronse con marcialidad hacia la salida.

Eran Tim, Giuseppe y Marcel. Al pasar junto a Dasin, el italiano dijo:

—No hace falta que nos acompañe, sargento. Conocemos el camino.

Seguidamente, los tres soldados salieron del local braceando vigorosamente mientras Clarisa gritaba:

—¡Te esperaré, Tim!

F I N

*Los ojos de la fiera
parecieron relampaguear al contemplar a
la indefensa pareja*

Diana se acercó aún
más a Edmund mientras involuntariamente
cerraba los ojos...



Este es uno de los emocionantes pasajes de

SELVA CRUEL

El más apasionante relato escrito por el famoso

J. DIXON

que usted leerá con creciente interés por la emoción que palpita en sus páginas

SELVA CRUEL

¡Odios, rencores y ambiciones en el marco exótico del territorio de Tanganica!

¡No deje de adquirir este título!

COLECCION CONGO

se lo ofrecerá en su próximo número

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 6 ptas.

COLECCION "BISONTE"
432. — J. de Cárdenas
EL HOMBRE DE HIERRO

COLECCION "BUFALO"
129. — Joe Sheridan
POLVORA EN LAS VENAS

COLECCION "CONGO"
23. — Keith Luger
REBELION EN ARGELIA

COLECCION "PANTERA"
66. — Meadow Castle
"PISTOL" BENTON

COL. "SERVICIO SECRETO"
296. — Mark Hallorah
CATASTROFE EN GINEBRA

COLECCION "POPULAR"
CONSEJOS A ENAMORADOS

A 5'50 ptas.

COLECCION "PIMPINELA"
491. — Mercedes Muntó
COMO UNA MASCARA

COLEC. "MADREPERLA"
387. — May Carré
INVITACION A UN SOLTERO

COLECCION "ROSAURA"
331. — Clotilde Méndez
DOS RENUNCIAS

COLECCION "AMAPOLA"
217. — María Teresa Sesé
PARA TODA LA VIDA

COLECCION "ALONDRA"
170. — María Pilar de Molina
NOVIO PROVISIONAL

COLECCION "CAMELIA"
111. — Carlos de Santander
EL RETRATO DE JOAN

COLECCION "ORQUIDEA"
81. — Trini de Figueroa
**PROMETIDA POR SEIS
DIAS**

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2. - Barcelona - Teléfono 400.000 - 400.001



**ESTÁ YA A SU
ALCANCE**

*el manual más comple-
to y útil para asegurar
la felicidad de las jó-
venes parejas*

CONSEJOS A LOS ENAMORADOS

Un volumen indispensable para los que desean con-
traer matrimonio, que la famosísima

COLECCION POPULAR

publicará esta misma semana

CONSEJOS A LOS ENAMORADOS

¡Todo lo que deben saber los novios para asegurar
su felicidad!

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 **BARCELONA**

COLECCION HISTORIAS

*siempre a la cabeza de
las bibliotecas juveniles,
se honra ofreciendo a
sus lectores*



BERNADETTE

La historia fiel de las apariciones de la Santísima Virgen en Lourdes, relatada magistralmente por

JEAN MEUNIER

¡Un volumen que no debe faltar en su biblioteca!

BERNADETTE

Una lectura amena e instructiva a la vez, que deleita a los pequeños y apasiona a los mayores

256 páginas y más de 250 ilustraciones perfectamente compaginadas con el texto

Precio del ejemplar: 25 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

★ LLUVIA DE ESTRELLAS ★



Fred Mac Murray

N.º 244

Nació el 30 de agosto de 1908 en Konkakee, (Illinois). Ha actuado en innumerables películas, de entre las que destacan "El motín del Caine", "El huevo y yo" y "Rumbo a Java".

Foto UNIVERSAL-INTERNATIONAL



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5 ptas. - Printed in Spain - Precio en la Rep. Argentina: \$ 3'50